

«No es verdad que todos nazcamos libres. La verdad es la contraria: todos nacemos dependientes, y nuestra tarea es hacernos libres, tarea que cumplimos con mayor o menor éxito. La libertad es una tarea, no un producto biológico como las arrugas.» [José Antonio Marina]

•

El cerebro humano no evoluciona biológicamente sin la estimulación y afecto que solo le puede proporcionar el *útero social*. La deprivación sensorial o afectiva conduciría a una atrofia de las áreas del cerebro.

•

«Genéticamente transmitida, la vida de cada animal comienza con y en su propio organismo: como vida individual comienza en cero. Le falta el momento de realidad. Y es que el hombre no es un animal constituido solo por notas psico-orgánicas. El hombre es un animal de realidades. En su virtud, la transmisión genética no es suficiente para instalar en la vida al nacido humano. El hombre posee una inteligencia sentiente con la que se enfrenta con todas las cosas y consigo mismo como realidad. Y esto sí que se transmite genéticamente. Pero la mera inteligencia no basta para instalar en su vida humana al recién nacido. Es que, en virtud de su inteligencia, no puede responder a lo que la situación reclama, sino haciéndose cargo de la realidad, esto es, de una manera optativa. El hombre está entre cosas y con cosas, pero donde el hombre está es en la realidad. El hombre vive de la realidad. Optar es determinar mi figura de realidad con las cosas por las que opto. Y en esto consiste la vida personal humana: en poseerse a sí mismo en una forma de estar en la realidad, en el todo de la realidad. El hombre, pues, tiene un tipo de vida montada en buena parte sobre opción. Con todos sus caracteres psico-orgánicos, el hombre tiene una vida abierta a distintas formas de estar en la realidad. Entonces es evidente que una forma de estar en la realidad no es que de hecho no se transmita genéticamente con los caracteres psico-orgánicos; es que, por su propia índole, no es genéticamente transmisible. De ahí que, para instalarse en su vida humana, el hombre no pueda comenzar en cero. Por tanto, no le basta con la transmisión genérica de sus caracteres psico-orgánicos, sino que sus progenitores han de darle un modo de estar humanamente en la realidad. Comienza su vida apoyado en algo distinto de su propia sustantividad psico-orgánica: en la forma de estar en la realidad que se le ha dado. Es lo que, radical y formalmente, constituye la historia. La historia no es simple herencia, sino transmisión de una vida que no puede ser vivida más que en formas distintas de estar en la realidad. Cuando el hombre, animal de

realidades, engendra otro animal de realidades, no solamente le transmite una vida, es decir, no solamente le transmite unos caracteres psico-orgánicos, sino que, además, inexorablemente y velis nolis le instala en un cierto modo de estar en la realidad. No solamente se le transmiten caracteres psico-orgánicos, sino que se le da, se le entrega un modo de estar en la realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*. Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 115-116]



«El niño, ya a las poquísimas semanas de nacer, hace innegablemente uso de su inteligencia; pero no tiene, sino hasta dos años más tarde, ese uso especial de la inteligencia que llamamos “uso de razón”. El niño ya desde sus comienzos es animal inteligente, pero no es animal racional.» [Xavier Zubiri]

ESBOZO BIOGRÁFICO DE JUAN ROF CARBALLO

Juan Rof Carballo (Lugo, 1905-1994) fue médico y ensayista, padre de la medicina psicosomática y miembro de la Real Academia Española, encuadrado dentro de la llamada Generación del 36. Es un exponente significativo de la medicina humanista que se desarrolla en la España de la primera mitad del siglo XX. Era anatomopatólogo y bioquímico de formación y terminó fundando la medicina psicosomática. Rof Carballo introdujo el psicoanálisis en España, criticando su reduccionismo antropológico y orientándose a una visión del hombre más completa y equilibrada. Combinó el psicoanálisis freudiano con ideas de C. G. Jung, sobre todo con las del discípulo de Jung, Erich Neumann, con quien tramó amistad.

Cuando estudiaba medicina en Madrid, asistió a los cursos de filosofía de Ortega y Gasset, profundizando su interés hacia la filosofía desde los años de bachillerado. Gracias a una beca de la *Junta de Ampliación de Estudios* (JAE), organismo público fue constituido en 1907 para formar al futuro cuerpo docente, Rof Carballo amplía sus estudios en Viena, donde puede trabajar con el célebre patólogo Karl Stenberg. En 1930 se marcha a Colonia para trabajar con Hans Eppinger en su tesis doctoral. La JAE fue uno de los medios utilizados con la finalidad de europeizar a España, intentando sacarla del aislamiento cultural en que se encontraba.

En 1936, al comenzar la Guerra Civil en España, decide quedarse en París, donde participa en las enseñanzas de la clínica de la Salpêtrière y donde puede profundizar su práctica del psicoanálisis, empezada en los años de Viena. Acabada la Guerra Civil, Rof Carballo se dedica a la práctica clínica en el Hospital General de Madrid y empieza a alimentar un notable interés hacia la medicina psicosomática. En el ámbito académico, fue profesor ayudante universitario durante ocho años (1928–1936) en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid, hasta que renunció a la docencia tras serle

denegada la cátedra en varias ocasiones debido a sus distancias con el régimen franquista.

La participación en los cursos privados impartidos por Xavier Zubiri (1898-1983) fomenta su trabajo especulativo y su concepción antropológica de la unidad alma-cuerpo. Elabora su concepto de "cerebro interno" o "cerebro visceral", "el órgano de la relación afectiva con el mundo", y también la reflexión sobre la categoría de "urdimbre", su concepto básico y su concepción más original. La "urdimbre" es el cañamazo o troquelado originario con el que se estructura el yo en una relación transaccional de ida y vuelta entre el niño y la figura tutelar (madre). En esta relación primera, juega una importancia fundamental la noción de "amor diatrófico", amor protector o ternura que se manifiesta en todos los gestos del cuidado tutelar.

Obras:

Patología psicosomática (1949); *Cerebro interno y mundo emocional* (1952); *Entre el silencio y la palabra* (1960); *Urdimbre afectiva y enfermedad* (1961); *Medicina y actividad creadora* (1964); *El futuro del hombre* (1966); *Violencia y ternura* (1967); *Rebelión y futuro* (1970); *Biología y psicoanálisis* (1972); *El hombre como encuentro* (1973); *Fronteras vivas del psicoanálisis* (1975); *Teoría y práctica psicosomática* (1984); *Terapéutica del hombre. El proceso radical del cambio* (1986).

Dos conceptos fundamentales que maneja Rof Carballo son la urdimbre constitutiva y el amor diatrófico o tendencia tutelar.

El impulso diatrófico

El término diatrófico ha sido preconizado por René A. Spitz para designar la acción tutelar sin la cual el niño, ser que desde el punto de vista biológico nace prematuramente, no podría terminar su desarrollo. Merced a esta influencia diatrófica el hombre incorpora en su ser la "herencia social". El término está tomado del griego: δια- 'a través de' y τροφίμος, adjetivo derivado de τρέφω 'alimentar', 'criar', 'producir', "diatrófico" es 'el que alimenta o sostiene'.

René A. Spitz (1887-1974) llamó «amor diatrófico» a este impulso tutelar, tendencia a proteger al más débil, al niño, etc. Es una de las vertientes que tiene en el hombre y en la mujer la *sexualidad*, que no es reducible a la función de la procreación. El impulso *diatrófico* tiene que ver con las hormonas del cuidado de la prole, sin las cuales la vida sobre la tierra se extinguiría, aunque el acto de reproducción estuviera perfectamente garantizado

La urdimbre constitutiva

«La relación transaccional primera que se establece entre el hombre que acaba de nacer y las personas tutelares y, en general, con el mundo y la sociedad en torno, ha sido denominada por mí "urdimbre". Con este término, que significa textura o trama fundamental, he querido dar a

entender: a) que se trata de una textura básica del hombre o cañamazo, sobre la que luego van a tejerse las demás estructuras psíquicas que condiciona todo lo que va a venir después y que es comparable a una programación; b) la *urdimbre* tiene el carácter rigurosamente transaccional: el niño influye en la madre y la madre influye en el niño. Esta primera urdimbre la denomina *urdimbre constitutiva* porque, en esta fase, el organismo, *aún sin terminar*, queda *casi* concluido biológicamente, no solo en sus aprendizajes, sino en un plano biológico más profundo, en el que quedan constituidos muchos sistemas enzimáticos, terminadas regulaciones morfogénicas, desarrollada la inmunidad contra sustancias ajenas al organismo, mantenido la individualidad biológica del ser vivo, establecidas las simbiosis fundamentales del mismo con otros seres del ambiente, los gérmenes microbianos, organizadas las relaciones neuro-endocrinas, también en relación con factores ambientales, etc.» (Rof Carballo)

El DLE define la palabra "urdimbre" como conjunto de hilos colocados en paralelo y a lo largo en el telar para pasar por ellos la trama y formar un tejido o conjunto de estos mismos hilos, dispuestos longitudinalmente, cuando la tela ya está tejida: "es conveniente cortar las piezas en el sentido de la urdimbre para que no se deshilachen". Otra acepción sería: Conjunto de acciones que se realizan para llevar a cabo un plan o intriga: "la telenovela progresa elaborando una urdimbre redundante."

La urdimbre constitutiva de que habla Rof Carballo alude a dimensiones biológicas y sociales que son de importancia radical para la formación de la personalidad del niño desde su nacimiento. Para Rof Carballo, la palabra urdimbre indica los hilos que se tienden entre el nuevo ser en desarrollo y el mundo circundante. Como los dientes de una rueda, articulada con una cremallera, con cuyas muescas se corresponde. La etapa fundamental de la urdimbre, la constitutiva, prolonga la herencia epigenética Y corresponde a la herencia denominada "históricamente condicionada".

La urdimbre es una realidad constituyente y programadora que surge de la relación transaccional del niño con la persona tutelar desde las primeras horas del nacimiento. En virtud de esta urdimbre, de este cañamazo, el niño queda modelado en un estilo de pautas que va a determinar su percepción de la realidad y su conducta en el mundo. Lo mismo que un buen conocedor de telas percibe qué textura tiene una tela, un análisis cuidadoso puede poner en evidencia en todo hombre la persistencia de esta primera trama sobre la que su vida se ha ido tejiendo. La cual puede experimentar modificaciones, refuerzos, rupturas, etc., pero queda siempre indeleblemente unida a nuestro ser y determinando nuestro destino. (Rof Carballo)

«Sobre la vida en ciernes, como sobre un minúsculo pararrayos, y tras la apariencia inofensiva y disculpadora del "cuidado" o de la "educación", descargan "los mayores", si darse la menor cuenta de ello, sus tormentas de pasión, sus oscuras nubes cargadas de emociones largo tiempo reprimidas. Es natural que, de todo ello, el niño, a su vez, se defienda enérgicamente

con sus propias fantasías. Aunque a veces, esta forma de defenderse constituya, por sí propia, el meollo de la enfermedad.»

Lo más importante de la urdimbre es el desarrollo de la confianza básica. El niño, en los primeros meses de su vida, oscila entre la confianza básica y la desconfianza radical. La madre está ahí, providencialmente, para ampararle y proteger su invalidez. Pero también está *su ausencia*, su abandono, su desaparición. El mundo brinde al mismo tiempo su doble faz de cosa prodigiosamente *de fiar*, lo que es un misterio, y de realidad *ante la que toda confianza es poca*.

«La frase de Homero “en las rodillas de los dioses”, viene a decir que el desenlace del hado queda siempre a merced de un poder más alto y desconocido. Buscando Onians el remoto origen de esta expresión, descubre en la actitud que suele adoptarse para el hilado de la lana, dejando la lana que está todavía sin tejer en un cestillo, a la izquierda, mientras se apoyo el huso, sujeto con la mano, sobre las rodillas. Las rodillas juegan un papel importante en el proceso del hilado y bien sabido es que el destino de los hombres, en los antiguos griegos, fue siempre simbolizado como una operación ejecutada con un huso en el que intervienen las tres *Moirai*: Clotho, Laquesis y Atrophos. En las primitas sagas nórdicas este proceso del hilado se convierte en un auténtico tejer. Ya no es un hilo que simboliza el destino de los hombres sino una trama, una *urdimbre*. También entre los primitivos anglosajones el destino era tejido, *gewif*. Tanto en la literatura celta como entre los invasores arios de la India, entre los esclavos como entre los propios griegos, los lazos o los nudos o las cadenas son frecuente símbolo del destino, de las *ataduras* con que los dioses sujetan a los humanos. Tras estos “lazos de la fortuna” o “lazos de amor” subyace siempre la idea primitiva: la del tejido del destino humano por los dioses.

Esta “urdimbre” ha de concebirse como una trama sutil de influencias, en uno y otro sentido, trenzada entre el ser recién nacido y las personas tutelares, en esa importante modalidad de la relación que denominamos “transaccional”. Una relación en la cual nunca el conocimiento aislado de los dos factores que entran en juego puede sustituir esa realidad absolutamente nueva que resulta de la interacción de ambos. El hombre hace su aparición en el universo, a medio hacer, todavía con nueve o diez meses por delante en los cuales su organismo ha de irse terminando, *constituyéndose* mediante esta *urdimbre* de influencias recíprocas entre él y el mundo que le rodea. Así comienza el gigantesco proceso por el cual el hombre *se hace*, “incorporando” a su ser el mundo de los demás, “comiéndose” el mundo de los otros y convirtiéndolo en sustancia propia.» [Rof Carballo, Juan: *Medicina y actividad creadora*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, p. 162-163]

EL RECHAZO PSICOANALÍTICO DE LA NEUROLOGÍA

La elaboración de saber genuina del psicoanálisis es diferente de la de cualquier otra práctica admitida como ciencia. A pesar de todos los progresos posteriores del psicoanálisis, una grieta nítida e irreversible entre

psicoanálisis y ciencia se abrió ya en los primeros pasos de Freud, fundadores de una disciplina y una práctica completamente nuevas.

Freud advirtió tempranamente el corte radical e irremediable que él mismo introdujo entre anatomía y fisiología del sistema nervioso por una parte y lesión histérica por otra. Esa brecha no sólo no fue salvada con el tiempo y los progresos de la teoría analítica, sino que se profundizó cada vez más. Según los psicoanalistas ortodoxos, el psicoanálisis nunca será una neuropsicología, una neurociencia, ni lo será jamás ya que desde sus comienzos renunció a serlo, en un acto de fundación como discurso.

Juan Rof Carballo, sin embargo, pone en evidencia que el conocimiento de las más moderna Biología es indispensable para el conocimiento del desarrollo de ese ser prematuro y menesteroso que es el ser humano, que no nace ya constituido ("no hay *constitución* con la que se nace"), sino que se va *constituyendo* en una relación transaccional, en la interacción con las personas tutelares. En esta relación transaccional se va formando la "urdimbre constitutiva" que implica la produciendo de fenómenos biológicos y no solo psíquicos. El concepto de "constitución" como expresión de la dotación genética es falso. El hombre no esté genéticamente *constituido*, sino que *se constituye* en el curso de los primeros días y semanas de su desarrollo por *la relación con las personas tutelares*. Lo que se hereda no es solamente un cierto tipo de desarrollo sino la *creación de estructuras abiertas* capaces de *incorporar* programaciones externas en forma de la que ha sido llamada herencia socialmente condicionada o *herencia socio-genética*. Rof denomina a esto *urdimbre*.

«Los problemas en un principio abandonados *retornan* inexorablemente. El primer "abandono" del psicoanálisis está registrado en el llamado "Entwurf" o *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) y representa el intento de Freud de dar expresión a sus intuiciones en términos de neuro-fisiología. El manuscrito del "Entwurf" permaneció inédito hasta diez años después de la muerte de Freud.

A partir de esta renuncia, se generaliza en el ámbito psicoanalítico la idea de que prescindir de la expresión neuro-fisiológica de los descubrimientos de la clínica es *un principio fecundo*. De esto no hay más que un paso a la idea de que es nefasto pensar los problemas psicoanalíticos en términos de una neurofisiología todavía demasiado rudimentaria. Tal actitud *rinde*, es eficaz. Pero esto no quiere decir que haya que continuar tercamente en esta primera ceguera. Es evidentísimo que la "realidad clínica" no puede expresarse en un solo parámetro. Tiene que hacerse a la vez en las otras dimensiones en que se mueve la observación científica: histopatológica, neurofisiológica, genética, bioquímica, enzimática, inmunológica, ecológica, etc. [...]

No hay *constitución* con la que se nace, sino que *el ser vivo se constituye*, es decir, *se va constituyendo* poco a poco, en la interacción con las personas tutelares y con el medio ambiente. Es muy probable que en esta *relación*

transaccional se produzcan importantes fenómenos biológicos y no solo en la esfera psíquica. Esta ha sido mi tesis fundamental en los últimos años.

De igual manera que se establece una constitución inmunitaria en las primeras semanas de la vida extrauterina y en las últimas de la intrauterina; de la misma forma que *se establece una constitución endocrina* por acciones reverberantes de las hormonas sexuales sobre los centros de la eminencia media en el hipotálamo; por el mismo mecanismo por el que, probablemente, se activan en el curso de las primeras experiencias de la vida *genes de desarrollo*, también se producen en estructuras básicas del cerebro, en el rinencéfalo y en sus conexiones con la corteza cerebral, una *programación básica, circuitos cibernéticos* fundamentales sobre los que descansa la vida psíquica ulterior.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 20-23]

«La mayoría de las discusiones que se prolongan de manera tediosa en gran parte de la bibliografía psicoanalítica, sobrarías si se atendiese al hecho radical de que las estructuras neurológicas, sobre las que descansa la vida psíquica, la intelectual y la emocional, están, en el momento del nacimiento, sin acabar de formarse, precisamente para que nazcan lo que llamamos "personalidad" e inteligencia. Y *no pueden nacer* sin la intervención del "Otro". Lo que se discute es la forma sutil y compleja en que esta creación de la persona humana puede llevarse a cabo dentro del campo formado por la realidad social. Lorenzer cre resolver esta cuestión partiendo de las modernas investigaciones sobre el lenguaje. Ya he criticado algunos de los aspectos de su tesis en lo que al lenguaje concierne.» [Rof Carballo, Juan: *Fronteras vivas del psicoanálisis*. Madrid: Karpos, 1975, p. 258]

URDIMBRE CONSTITUTIVA Y HERENCIA GENÉTICA

Durante muchos años se suponía que en el cerebro no se formaban ya más neuronas después del nacimiento y que un niño recién nacido tenía ya completa su dotación de neuronas. En realidad, las neuronas del recién nacido son singularmente diferentes de las del adulto. El recién nacido tiene toda su dotación de grandes células piramidales, pero sus dendritas y sus sistemas espiculares no están completamente desarrolladas. Las células y la proliferación de dendritas están bajo el control del medio ambiente.

Junto a la herencia genética, está la herencia denominada socio-genética, la que se cumple al actuar el medio familiar sobre los sistemas biológicos incompletos, inmaduros, con que el hombre nace. El principal de estos sistemas inmaduros, incompletos, es el cerebro que genéticamente presenta la disposición a ser completado con la incorporación del ambiente tutelar.

«Los descubrimientos sobre la herencia y sus mecanismos ponen de manifiesto la importancia de un "lenguaje", el código genético, albergado en el genoma, para el despliegue de la vida. El poner en el centro de los fenómenos vitales no el *recambio de energía*, sino la *transmisión de una información*, de un orden que, a su vez, crea estructuras ordenadas en

forma progresivamente más compleja, recuperamos para la Biología el Segundo Principio de la Termodinámica, el *principio de la entropía*.

«Todos los seres vivos se originan según un plan establecido. Cualquier hipótesis sobre el origen de la vida es inutilizable si no puede explicar el origen de este plan, el concepto espiritual. No basta con mostrar que los nucleótidos se agrupan formando ácidos nucleicos de gran peso molecular, sino que es una cuestión mucho más importante saber cómo estos ácidos nucleicos han llegado a poseer este contenido de información.

El origen y desarrollo de los seres vivos estaría determinado por el origen y acúmulo de una información que se transmite. Esta información genética es equiparable a las Ideas, en el sentido de Platón. Las ideas que pueden comunicarse a otros suelen denominarse pensamientos. Corresponde al pensar que produzcamos información, la completemos, la modifiquemos y la podamos transmitir a otras personas. Todo esto resulta posible en el mundo molecular con la información genética. En sentido figurado pudiéramos sostener que la vida comienza a partir del momento en que la Naturaleza logra pensar; esto es, para hablar con Descartes, cuando de la *res extensa* se pasa a una *res cogitans*. La Biología molecular nos enseña que este tránsito no ha de esperar a la aparición del hombre, sino que sobreviene mucho más temprano, en el plano molecular. Hemos sido injustos con la materia al tararla con el sambenito de la ausencia de espíritu.» (Gerhard Schramm: *Idee und Materie in der modernen Biologie*. Bremen, 1963]

Pero en realidad, en la vida no hay solo despliegue y comunicación de una información. Si así fuera, no podríamos comprender cómo en el óvulo humano fecundado puede estar albergada toda la inmensa información que va a dar lugar más tarde al cerebro. Sería como suponer que el plan estructural que da lugar a una poderosa nación como los EE UU está contenido en la Constitución del país, con toda su inmensa complejidad.

El plan primitivo va determinando la aparición de estructuras embriológicas sucesivamente cada vez más complicadas, de las cuales reverberan estímulos que van re-estructurando, determinando *reorganizaciones en el genoma*, ahora constituidos por los múltiples genomas más complejos secundarios y en estrecha relación entre sí, propios del organismo en la embriogénesis, produciendo etapas de la evolución cada vez más complicadas. Estas ideas del "circuito reverberante" nos explican cómo, en cada etapa embriológica, el "genoma" o caudal genético es solicitado por aquello mismo que acaba de producir y organizar. Se ve, así, obligado a una *readaptación* o nueva estructura en la que, a la par que se mantiene la potencialidad específica del plan originario y la primigenia especificidad de los genes, se suscitan nuevos "organizadores", informaciones que antes solo existían en forma potencial y que ahora brotan, en el organismo *en desarrollo*, del juego reverberante entre el código genético individual y las estructuras embriológicas ya constituidas.

Constantemente, en este juego, el sistema "abierto" que es todo ser vivo, es "completado" por algo exterior a él, que, de nuevo, vuelve a convertirse en

sistema abierto, pero a otro nivel más elevado. Al final de todos estos "ajustes evolutivos" está el *gran ajuste* terminal, en el cual el ambiente, hasta ahora presenta son solo a través de la pantalla o filtro placentaria, se convierte en la *presencia fundamental*, en el *último ordenador* (por el momento) del proceso evolutivo. El circuito reverberante o cibernético madre-niño, continúa *por un lado* un proceso biológico primordial; *por otro* abre o inicia un proceso espiritual decisivo; el del conocimiento, el del aprendizaje, el de la "culturización".

De una forma u otra, tanto lo que llamamos "madre" como "tutela" o la *lactancia*, son algo que, necesariamente, han de estar tan presupuestos en el caudal genético, tan *previstos* en los genes como el cordón umbilical o los párpados que protegen al globo ocular de traumatismos. La evolución embriológica del ser humano se lleva a cabo sabiendo ya desde un principio que, al final de ello, están el pecho nutricio o el biberón, el *encuentro* con estas realidades imprescindibles. Si no fuera así, todo el resto, complejísimo, el desarrollo de las enzimas, las infinitas sutilezas del sistema nervioso *no tendrían sentido alguno*, pues de nada servirían para la subsistencia del nuevo ser. Serían absolutamente inútiles, un estúpido bizantinismo de las moléculas, organizarse en forma tan complicada para luego sucumbir irremisiblemente.

La tutela (la *urdimbre*), está *prevista* o *anticipada* en el código genético. No puede ser una casualidad que, por azar, se repita siempre, sino un *encuentro* –el encuentro con el pecho materno, con el instinto diatrófico, tutelar– que está tan calculado en el genoma como pueden estarlo los grupos sanguíneos o la estructura de la hemoglobina. [...]

No sería suficiente con concebir al "código genético" como un saquito de partículas, cada una portadora de un mensaje que, de manera misteriosa, se articulan, realizándose el organismo un poco como si se construyera una casa siguiendo unos "planos". El código genético crea estructuras primero sencillas, después más complejas, que forman con el mismo circuitos reverberantes, que ponen en acción posibilidades cada vez más ricas, creando en cada etapa nuevas unidades de potencial genético, en íntima armonía con las anteriores, que son las que organizan la estructura viviente. En virtud de estos circuitos, que derivan de un *encuentro* con algo exterior (materiales nutricios, ambiente), se produce una reorganización o reestructuración de las últimas etapas de este proceso y podemos observar cómo la realidad exterior, el ambiente, *se incorpora a estos circuitos organizadores*. «Si el organismo responde al ambiente con acciones adecuadas es *porque contiene en su núcleo un sistema controlador que representa adecuadamente el ambiente*» (J. Z. Young).

Lo que sí empieza a producir extrañeza es pensar que también está en los genes *preparada* o *anticipada*, en cierto modo, la intervención materna. A nadie puede sorprender que se diga que el lenguaje humano está, en esbozo al menos, *en potencia*, registrado en el plasma germinal del hombre, lo mismo que la estructura de la zona del lenguaje o su laringe. Pero sí

sorprendería la afirmación de que con ello está *anticipada* en los genes la misión del maestro o del pedagogo.

«No hay funcionamiento organizador, en cualquier nivel en que se considere, sin un acuerdo con el medio: el acuerdo entre las matemáticas y la experiencia no es más que un caso particular, pero particularmente interesante, de este constante acuerdo» (Jean Piaget).

Alude aquí Piaget a uno de los fenómenos más enigmáticos de la epistemología, aquel que hizo un día exclamar a Albert Einstein: «Lo más secreto del universo es que podemos comprenderlo»; ese singular acuerdo que existe entre las matemáticas y la realidad. [...]

La existencia de una mirífica correspondencia entre la menesterosidad suma que nace de la invalidez del recién nacido y la providencia nutricia del seno de la madre, crea en el hombre la llamada *confianza básica*, esto es, una fe que nace de un amor.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 41-44 y 46-50]

GENÉTICA DEL DESARROLLO Y PREMATURIDAD HUMANA

Es un error pensar que el hombre o el animal se pueden concebir como seres aislados que luego se juntan en grupos, rebaños, familias o sociedades. El *ser aislado* no existe nunca *ni puede existir*, dice Rof Carballo. Desde el nacimiento, tanto el animal como el hombre, pero este en medida mucho más superlativa que el primero, son *terminados, acabados de constituer* en sus más profundas estructuras por la acción tutelar de *alguien* del grupo, e *incorporados a este grupo* como parte de su trama. Todo ser vivo al nacer está *necesitado de completarse* y lo que le completa injertándose sobre él y *acabando de constituirle* es el grupo social. El cerebro infantil necesita "estímulos" para completar su desarrollo, sobre todo "estímulos afectivos". Gran parte de lo que somos es lo que los demás han puesto en nosotros. El mundo perceptivo se va modulando y afinando mediante la relación interpersonal con los demás, aceptando como válida la forma de ver el mundo que los demás tienen.

«La importancia de las primeras relaciones personales para la constitución de la personalidad humana proviene de la suma invalidez en la que el hombre nace, sin concluir su desarrollo, en múltiples niveles: neurológico, enzimático, bioquímico, psicológico. El hombre, al nacer, es el más necesitado de los seres. No solo necesita de protección, de amparo, sino de *complemento*. Necesita *completar* sus estructuras psicobiológicas, y esta es la razón profunda por la cual este nacer prematuro y, por tanto, inválido se convierte en la clave de la grandeza del hombre. El hombre lo es, porque la última fase de su evolución psicobiológica se realiza mediante el contacto social, que supone una red sutilísima de relaciones con las personas tutelares. El desarrollo final del ser vivo, el crecimiento último de las redes nerviosas, la formación de enzimas adaptativos, la programación de sus sistemas reguladores, el fraguado de sus mecanismos inmunitarios elementales y, al propio tiempo, las bases de su personalidad, los primeros

rudimentos del "yo", las estructuras psíquicas primordiales, todo ello se cumple, *gracias a su interminación*, mediante el proceso que tiene lugar en la relación transaccional (no de causa a efecto, sino de causa a efecto íntimamente entrelazados) entre el organismo y su ambiente.» [Rof Carballo, Juan: "Estudio introductorio" a Plé, Albert: *Freud y la religión*. Madrid: BAC, 1969, p. 46-47]

«Resulta extraordinariamente singular que ni los psicoanalistas ni los etólogos, no los estudiosos de la conducta infantil, como Bowlby, ni tampoco los neurofisiólogos, se percatan de que este problema radical, el de la relación del recién nacido con su ambiente, el de la constitución del yo y el del primer desarrollo del sistema nervioso central no pueden resolverse satisfactoriamente sin tener en cuenta los avances de la Genética del desarrollo.

Cométese el error de pensar al *genoma* o conjunto de genes, como un "saco de bolas" o conjunto de "genes" independientes, lo que es, evidentemente, absurdo. Forman necesariamente *un conexo funcional* cuya unidad se ha de mantener rigurosamente a medida que el organismo se desarrolla, en la *epigénesis*. [...]

De igual forma que en el genoma está prescrito que el hombre ha de tener una nariz, dos ojos y un hígado, está también marcado como carácter fundamental del hombre que nazca con un cerebro de enorme inmadurez que, en algunos sectores, principalmente en el "cerebro interno", tiene todavía por desarrollar un 70 o un 80 por ciento de su acervo celular.

El ruso Anohkin ha demostrado cómo hay, en el organismo, una maduración heterocrónica, acelerándose siempre, en los animales, la maduración de aquellos sistemas que van a ser imprescindibles para que el recién nacido, en el momento de aparecer en el mundo, pueda subsistir. Por ejemplo, en el niño, maduran aceleradamente los componentes que intervienen en el sistema del chupeteo o de succión y los reflejos de "arrimo" o de prehensión.

J. Z. Young piensa que, a lo largo de la evolución, aquellas especies animales que no han tenido en su sistema nervioso central una cierta correspondencia o "imagen" del ambiente en que van a vivir, perecen irremisiblemente. Ahora bien, esto solo proporciona la base para la adaptación del ser vivo a su medio. Una adaptación primitiva. El perfeccionamiento consiste en dejar al sistema nervioso, en el momento de nacer, en tal grado de inmadurez que al ir creciendo "en el ambiente favorable" vaya modulando sus estructuras conforme al medio ambiente. Es decir, la "copia" del medio externo se va induciendo durante el desarrollo en cierta manera que todavía no conocemos bien y de ahí la ventaja filogenética que ha tenido en la escala evolutiva llegar hasta un ser como el hombre que nace en medio de la máxima invalidez.

Se supone que el organismo nace con una dotación de genes infinitamente superior a las que se ponen en actividad durante el desarrollo. Esta es la hipótesis más aceptada respecto a los mecanismos inmunitarios. Un niño nace con millones de clonos, es decir, de células inmunitarias capaces de

producir millones de anticuerpos. Solo se desarrollan aquellas que entran en contacto con los antígenos correspondientes. Por ejemplo, una madre obsesiva, como es corriente en Norteamérica, que sustrae a su niño de toda clase de microbios solo permitirá –en teoría– que se desarrollen los clonos celulares suscitados por la vacunación antipolio o antitetánica, etc. Un niño criado en el arroyo desarrollará en cambio clonos inmunitarios en mucha mayor cantidad. Algo similar ocurre en el niño recién nacido por la acción de la influencia de ese “ambiente particularmente favorable”, para emplear la expresión de Winnicott, que es una de las muchas maneras de denominar lo que yo califico de “urdimbre”.

Vemos ahora que un recién nacido se nos presenta como un sistema genérico que está en trance de “completarse”, de “consolidar” el desarrollo fraccionado de su sistema nervioso, en el cual se han *anticipado* ciertos mecanismos y *retrasado* otros, *en tanto absorbe el ambiente*. Su avidez no es solo de comida o de amparo sino de “ambiente”, en términos neurofisiológicos de *estímulos*. Y esto no solo para madurar de manera indiscriminada sino para estructurar sus regulaciones corticales más finas y sutiles en forma que la adaptación al complejo medio que le espera ser lo más eficaz posible. En este momento ocurre algo de enorme importancia para comprender el hecho de la urdimbre. El recién nacido *no recibe este ambiente pasivamente*. De igual forma que el ser vivo más elemental *selecciona ambiente*, forma el ambiente, su perimundo, el niño, al nacer, evoca, suscita en la madre sus más arcaicas reacciones infantiles. Y no solo en ella. Moviliza también el ambiente familiar, irrumpe en él, lo reestructura. Se trata de una *relación transaccional*, en la cual no hay causa ni efecto sino las dos cosas a la vez, un círculo figural como decía Víctor von Weizsäcker. Hay, por tanto, como una *tensión genética* en el recién nacido, que le lleva a *completarse incorporando ambiente y suscitando ambiente*.

Cuando el ambiente no es propicio por ser la madre desamparadora o emitir “mensajes discordantes”, como ocurre con la madre esquizofrenógena, la heterocronia en la maduración subsiste y entonces surge, en la estructura psicobiológica del infante, una *excisión*, una *fisura*, una *esquizoidia*. Para lo cual ya estaba peligrosamente predispuesto por existir, neurofisiológicamente, una *esquizofisiología* en el distinto funcionamiento de su cerebro arcaico y su cerebro neopalidal.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 452 ss.]

LA PROGRAMACIÓN DEL CEREBRO

«El niño nace, indefenso, con solo su arqui y paleoencéfalo en estado de funcionar. Entonces ocurre algo trascendental para el destino del hombre. Quien le sirve de neocórtex, de corteza, es la corteza maternal. Si el niño no es debidamente protegido por la madre, no puede continuar la formalización de su sistema nervioso, es decir, no puede articularse debidamente este arqui y paleocórtex con el neocórtex, no puede integrar las experiencias hechas a nivel del “cerebro interno” con la actividad de la corteza, capaz de abstracción y de discriminación.

En vista de ello, es esencial para lo que luego el hombre ha de devenir, la *simbiosis* real que establece con la madre y que, durante los primeros años de la vida, viene a continuar la *simbiosis uterina*. Pero poco a poco, el cerebro del niño continúa su desarrollo. Entonces interviene la autoridad paterna. Si la porción más arcaica de la corteza cerebral era la que había sido modelada, "acuñada", por la influencia materna, ahora otra porción del cerebro, quizás la correspondiente al polo temporal y a las circunvoluciones orbitarias, es la que recibe la impronta del padre. El niño, hacia esta época tiene que aprender a controlar los esfínteres, a controlar sus accesos de furor, sus gritos, sus rabietas. [Circunvolución cerebral: Cada uno de los relieves que se observan en la superficie exterior del cerebro, separados unos de otros por unos surcos llamados anfractuosidades].

A través del acuñamiento materno, de esta simbiosis que establece el cerebro infantil en sus circunvoluciones más primarias con la madre, el niño es "acuñado" por el subconsciente materno, recibe la impronta materna y a través de ella recibe algo de importancia ingente, recibe el mundo de la tradición. Después lo será por el subconsciente paterno, ante el que ya comenzará a rebelarse, a enfrentar su autonomía como individuo. La separación de la simbiosis materna es dolorosa, porque era grata y cómoda y ha de hacerse precisamente en pugna afectiva con la influencia paterna. Esta es la expresión neurofisiológica de lo que se ha llamado complejo de Edipo. En realidad, el niño no está enamorado de su madre, sino que lo que le vincula a ella es que la madre forma su otra mitad, su complemento biológico. La separación es dolorosa, porque es la escisión de una unidad simbiótica. Pero lo importante es que, efectivamente, queda ya una impronta, una imagen materna en lo más profundo del cerebro infantil, en su arquicórtex; igual que ha de quedar una impronta de las normas y pautas paternas en el sector que en el desarrollo viene inmediatamente después, en el paleocórtex, en forma de lo que los psicoanalistas llaman el *superego*. [...]

Las observaciones de los psicoanalistas, que tanto chocaron y a tantas discusiones dieron lugar, empiezan a ser confirmadas con los métodos objetivos y rigurosos de la neurofisiología. [...]

En su desarrollo y articulación con el neocórtex, el cerebro interno, el mundo emocional guarda relación estrechísima con el mundo social. La sociedad se incorpora, a través del cerebro interno visceral, dentro de la personalidad del individuo. [...] El hombre nace al mundo bajo dos dramáticos signos que intervienen decisivamente en su grandeza como tal hombre: su invalidez que le obliga a desarrollar su neocórtex bajo la simbiosis materna y su primer fracaso amoroso, la necesidad de crear su individualidad, de separarse de la protectora simbiosis materna en pugna y acatamiento a la personalidad paterna. De esta forma la tradición, los valores que de la sociedad están representados en el subconsciente materno y paterno intervienen como organizadores de la articulación entre *ento* y *mesopallium* y *neopallium*. El hombre lleva a cabo la "formalización" última de su sistema nervioso, ya en sus raíces, antes de recibir la educación escolar o

universitaria.» [Rof Carballo, Juan: *Cerebro interno y sociedad*. Madrid: Ateneo, 1956, p. 14-20]

«El niño nace *con un vacío* de neuronas en su cerebro, no solamente porque *no las hay* en cantidad suficiente, sino porque las estructuras cerebrales con que nace *exigen ser completadas* con otras que solo se formen “en un ambiente familiar favorable”, es decir, *mediante la tutela* (el “care”, o “Fürsorge”) de las personas protectoras. Así podemos comprender lo que significa anatómo-fisiológicamente para el nuevo ser este *vacío*, esta *emptiness*. Pero entonces no hay por qué asombrarse tanto de que los humanos necesitemos tanto cariño o “Fürsorge” para impedir la aparición de esta “fascinación del vacío” o “instinto de muerte”. La raíz está en lo que constituye la *clave de la hominización*. La prematuridad con que el cerebro nace no es una casualidad, un accidente, sino el resultado de una larga selección filogenética. Al final de la cual ha resultado ser viable, mejor dotado para dominar el ambiente y para subsistir, el ser vivo que ha nacido más desvalido, *más necesitado de cuidado*. El asombro de algún psicoanalista es el asombro de quien no sabe bastante biología ni conoce los progresos de la teoría moderna de la evolución de las especies.» [Rof Carballo, Juan: *Fronteras vivas del psicoanálisis*. Madrid: Karpos, 1975, p. 274]

«Para el recién nacido no existe un mundo fuera, no existe una separación del yo del mundo, no existe una *Yo-mundo*. La realidad para el niño recién nacido es fusiva, simbiótica. En él, mundo y yo forman una unidad. Pero los mayores, con rapidez *programamos* su pequeño cerebro en forma que, con nuestras pautas, vaya poco a poco *construyendo* un sistema de referencias que le permite actuar y moverse con eficacia entre las cosas. Llamamos a esto un *sistema de constancia*. [...]

La sociedad considera a un niño *maduro* cuando ha aceptado estos modelos y se conduce frente al mundo “de fuera” como nosotros lo hacemos. Para ello no tenemos presente que *ha tenido que olvidar* su mundo primero, el oceánico, con otras dimensiones de espacio y de tiempo que el de todos nosotros. Si distinguimos dentro del cerebro dos partes, una que denominé hace años *cerebro interno* (hoy conocido como *cerebro límbico*, entre otros nombres) y otro *cerebro discriminativo*, neo-cortical, tendremos que el primero es quien *programa* y el segundo es el que *interpreta* esta programación de la realidad. Como la programación depende de un consenso social, el primero está gobernado por las relaciones profundas interpersonales, esto es, por *las emociones*.» [Rof Carballo, Juan: *Fronteras vivas del psicoanálisis*. Madrid: Karpos, 1975, p. 216-217]

EL CEREBRO Y EL MUNDO EXTERIOR

«No habría seguridad íntima en la que crecer confiado si el mundo *no tuviese orden*. El orden materno es inmediatamente percibido de manera directa. Pero no basta. Tras él, apoyándolo, está el orden paternal, reflejo del orden social y de una cierta idea del cosmos que parece segura. Reflejo,

además, de una íntima y misteriosa congruencia de la inteligencia humana con la realidad.

En efecto, si tornamos ahora los ojos hacia la esperanza y confianza que nacen del propio crecimiento, del propio desarrollo, vemos que, en su base más profunda, se fundan sobre algo que ha preocupado extraordinariamente a los epistemólogos: el problema de la concordancia de la inteligencia humana con las categorías lógico-matemáticas. En su libro *Biologie et connaissance*, el psicólogo de la infancia Jean Piaget, aborda este tema. Su hipótesis es que *los procesos cognitivos aparecen como la resultante de la autoregulación del organismo, reflejando sus mecanismos fundamentales*. Hay que ver en estos procesos cognoscentes como los órganos más diferenciados del ser vivo, de sus regulaciones en las interacciones con el mundo externo. Parte Piaget del concepto de la *asimilación cognitiva*. Todo conocimiento, incluso toda percepción (que supone siempre un esquema de acción que la busca y selecciona del mundo exterior), no es una mera *copia* del mundo real, sino que implica siempre un *proceso de asimilación* a estructuras previas. Siempre que alguien percibe un objeto, lo identifica como perteneciente a determinadas "categorías" o "clases" (conceptuales o prácticas) o a esquemas funcionales o espaciales (en la percepción). En realidad, tanto las llamadas "asociaciones" como los "reflejos condicionados" no son más que momentos parciales, arbitrariamente seleccionados, de este marco más general de la *asimilación cognitiva*.

El hecho sorprendente de que la realidad sea susceptible de una interpretación matemática y de que haya un acuerdo entre la realidad y las categorías lógico-matemáticas, no puede explicarse ni por armonía preestablecida, ni por experiencia física, ni por transmisión instintiva o hereditaria, sino por abstracciones reflexivas de las coordinaciones generales de los actos del ser vivo y, en último término, por las coordinaciones nerviosas, hasta llegar a las formas más genéticas de los funcionamientos organizadores de la vida. [...] Las nuevas ideas de la genética y de la evolución, a partir sobre todo de Waddington, nos enseña cómo el *genoma*, que pensamos invariable, sufre reorganizaciones y estructuraciones a partir de las influencias del ambiente, sin que esto quiera decir que el ambiente se transmite en forma de caracteres adquiridos. [...]

En realidad, solo se "asimila" aquello que, por experiencias previas o por percepciones, a veces marginales, pre-conscientes, del individuo estaba *preparado a comprender*. Es necesario para comprender que se haya esbozado o constituido antes en el sujeto *las estructuras que permiten asimilar*.» [Rof Carballo, Juan: "Estudio introductorio" a Plé, Albert: *Freud y la religión*. Madrid: BAC, 1969, p. 70 ss.]

«La aparición de la inteligencia humana va unida al retraso biológico con el que el hombre nace y que permite esa "incorporación del ambiente" en cada ser individual que completa y afina la que ha tenido lugar durante milenios de evolución. En favor de ella hablan las modernas concepciones de neurofisiología cerebral que nos indican que si el organismo responde con maravilloso ajuste, adecuadamente, a las circunstancias del ambiente es

porque contiene en su núcleo, en el sistema nervioso, un sistema controlador que representa también de manera adecuada al ambiente. En la peculiar disposición de campos neuronales, sustancias bioquímicas, etc., cabe suponer existe ya una representación peculiar del mundo en torno que está en esbozo o en potencia en virtud de la selección genética, pero que se afina y pone al día y presta a funcionar con la mayor celeridad y eficacia gracias a las modificaciones sustanciales que el sistema nervioso sufre inmediatamente después del nacimiento.

La distribución característica de las células estrelladas y piramidales de la corteza cerebral, así como muchos de los sistemas enzimáticos peculiares de este órgano, terminan su desarrollo solo después del nacimiento. Aunque este protoaprendizaje modelador de la sustancia cerebral que se realiza en la llamada "experiencia temprana" está ya preparado hereditariamente, su acabado definitivo va terminándose en los procesos complejos que denomino *urdimbre*. Si me aferro a esta expresión de *urdimbre* es porque subraya el carácter de "trama que debe ser terminada" o forzosamente completada que tienen los dispositivos neuronales y, en general, el organismo inmaduro del hombre cuando nace.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 160-161]

LA PREMATURIDAD Y LA EVOLUCIÓN

El aumento significativo del tamaño del cerebro en el ser humano originó su nacimiento prematuro para poder atravesar el canal del parto. El hombre nace inmaduro y requiere un prolongado periodo de cuidados hasta alcanzar la maduración biológica. La evolución no eligió a los neandertales, que eran más fuertes físicamente y con un desarrollo cerebral semejante al nuestro, sino a los cromañones. ¿Cómo es que la que sobrevivió fue la especie aparentemente más frágil? La especie humana renunció a la fuerza y al poder y eligió el amor y la pertenencia al grupo para su conservación. La especie humana eligió la ternura y esto le ha permitido un potente desarrollo cerebral, la aparición del lenguaje y el desarrollo de la comunicación.

No parece verosímil la hipótesis (Raimund Dart) de que las peculiaridades de la raza humana de las que en último término se origina la civilización, hayan surgido en virtud de una agresividad carnívoras que nace por mutación y se conserva por la adaptación a la dureza de la lucha por la supervivencia.

«Personalmente me parece mucho más probable que el homínido superior, del que el hombre nace, haya seguido en la evolución un camino muy distinto del que imaginamos. En lugar de desarrollarse sobre mutaciones de seres cada vez más fuertes y violentos, de manera paradójica lo que le evolución ha ensayado es un camino mucho más audaz y que, a la larga, se ha demostrado más fecundo. Paulatinamente, la selección lo que fue escogiendo no fue el animal más fuerte, sino aquel que tenía una infancia más inválida y prolongada. Esta invalidez prolongada alargaba e intensificaba el aprendizaje; fue en un cerebro cada vez más inmaduro sobre el que se desarrolló la evolución históricamente condicionada, esto es, la

evolución sociogenética. Lo que fue seleccionado no fue el cerebro más poderoso, sino un cerebro que podía, por el aprendizaje y por la transmisión de lo aprendido, adaptarse con más plasticidad a las circunstancias reinantes en cada localidad y en cada periodo histórico. Lo que demostró más eficacia en la línea evolutiva fue la *plasticidad de adaptación*, y esta plasticidad era favorecida por el desarrollo de un cerebro y, por tanto, de un ser *cada vez más inmaduro* que, en virtud de ello, era cada vez más capaz de *incorporar ambiente*, es decir, *internalizar*, ya en los primeros días de su vida, posibilidades rápidas de adaptación a un ambiente determinado. [...]

Hemos de pensar que, si el cerebro permite el conocimiento de la realidad exterior, es porque ya *en cierta manera* esta realidad exterior se encuentra, en boceto o en esquema, *anticipada* en su estructura. [...]

Es natural que el ser más apto para supervivencia sea no el más agresivo y fuerte, sino aquel capaz de hacerse mejor "cargo de la realidad", aquel cuyo cerebro haya podido incorporar en sus estructuras elementos más plásticos y más ajustados a la realidad exterior. Y para que este ser que toma en la evolución el camino más inverosímil, el de la invalidez, no sucumbiera, era preciso que alguien cuidada de él solícitamente. Paralelamente a la invalidez del ser humano ha tenido de desarrollarse un formidable impulso tutelar en la hembra del homínido precursor del hombre. Por tanto, a diferencia de Dart, pienso que el hombre no nace de la agresividad o, al menos, no nace *sólo de la agresividad*, sino que nace, fundamentalmente, de la ternura.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 136-138]

Pero Rof advierte que la cultura del amor, que propugnan Montagu o de Erich Fromm, peca de vaga y de no tener presente ese gran enigma de que el amor va siempre, en forma misteriosa, unido a la agresividad. La agresión forma parte indisoluble de las emociones más entrañables como la amistad y el amor. Es ilusorio pretender desterrar la agresividad de la naturaleza humana y ello reside en que hay un vínculo enigmático que enlaza a la violencia con algo tan necesario para el proceso de la hominización como es la ternura. Aunque es más fundamental para el proceso evolutivo el desarrollo de la ternura que el incremento de la violencia. La ternura va a permitir una inmadurez cerebral de tal manera expuesta a la impronta de los progenitores que la aparente debilidad se va a trocar en fuerza inmensa, en poder de invención y de creación.

«La invalidez con la que el hombre nace es un *retraso de maduración*, es decir, una *prematuridad*. Gracias a este singular ardid, la Naturaleza obliga al nuevo ser a desarrollar, por ejemplo, su musculatura, el control de sus esfínteres, la organización de sus percepciones, etc., en parte por el impulso que procede de los genes, pero a la vez entrelazado este impulso genético a la asimilación e incorporación de unas *pautas*; primero, la *materna*, protectora las más de las veces y después la *paterna*, en la que predominan las consignas que caracterizan una cultura.

En virtud de esta modelación o *acuñado*, cada uno de nosotros no solo es hijo de sus progenitores en cuanto estos transmiten plasma germinal, sino que, además, somos hijos de los sutiles gestos, de las finas modulaciones de la educación, de las caricias recibidas, de la forma en que han envuelto nuestro cuerpo o protegido nuestra epidermis, del rigor con que han dominado el ímpetu de nuestros músculos.

Y, a nuestro turno, transmitiremos, sin saberlo, a nuestros descendientes, a la vez que lo que un ignorado talento, por ejemplo, para la música, que estamos muy lejos de poseer, pero que quizá se alberga escondido en nuestro plasma germinal, una timidez o una inhibición que hace mucho tiempo creíamos haber superado, o una generosidad que ignoramos que, sin embargo, en el momento de educar a nuestros hijos, vuelve a ascender desde lo más profunda de nuestra infancia.

He llamado a este secreto tejido, sin el cual el hombre no es capaz de desarrollar las cualidades que le distinguen de los animales, esto es la inteligencia, la actitud erecta o el lenguaje: *urdimbre afectiva*. Esta urdimbre afectiva recorre, como el plasma germinal, las generaciones; va de una en otro, y, en cierto modo, de igual suerte que los genes son inmortales, también esta urdimbre goza de vida casi perenne. Más que los propios genes, o por lo menos en íntima colaboración con estos, es esta urdimbre quien hace que, por ejemplo, los habitantes de una región guarden entre sí una profunda afinidad en gestos, sentimientos, actitudes, maneras de percibir las cosas o de comportarse. La urdimbre sobre la que la inteligencia se ha tejido tiene en todos los habitantes de una región una determinada estructura.

Una de las tramas de esta urdimbre, la más básica, la maternal, sirve de imprescindible sostén, gracias al cual se vuelve posible el desarrollo de la esfera psíquica del hombre; su ausencia o deformación repercuten, tarde o temprano, en nuestra estructura mental. Otra trama posterior orienta las actividades que sirven para la articulación social de unos seres con otros. Si los primeros hilos sirven de *sostén y apoyo*, los segundos establecen, a su vez, el *orden* necesario para nuestro ajuste en el mundo del prójimo.

La *urdimbre de sostén* nos vincula con las actitudes primarias de amparo maternal que durante generaciones y generaciones han funcionado como *estructuras maternas* en el pueblo o grupo étnico a que pertenecemos; en la *urdimbre de ordenación* (el "superyó" de los psicoanalistas) se transmiten a su vez, en forma de consignas, unas pautas de inhibiciones que constituyen normas y hábitos del ámbito cultura en que nuestra vida se inscribe. No siempre es preponderante en esta *urdimbre de orden* la influencia paterna.

Muchas veces, y no solo en las culturas "matriarcales", esta urdimbre ordenadora está también tejida en su principal componente por la influencia maternal.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 258-260]

CARACTERÍSTICAS BÁSICAS DE LA URDIMBRE CONSTITUTIVA

«A diferencia de conceptos similares tales como “simbiosis madre-niño”, relación primigenia (*Urbeziehung* de Erich Neumann), impronta, troquelado, experiencia temprana, relación preobjetal, etc., la expresión “urdimbre constitutiva” alude a dimensiones biológicas y sociales: a la relación transaccional del niño, que nace en estado de larva, con la madre o persona tutelar. Las características básicas de la urdimbre constitutiva son:

A) La urdimbre descansa sobre *una continuidad psicobiológica*. Tiene su correlato físico, “neurológico”, en el crecimiento de redes nerviosas, probablemente bajo la tutela de células de la neuroglia, en el recién nacido y en la disposición peculiar para cada individuo de determinados fermentos, inmuncuerpos y sistemas celulares. Está en conexión estrecha con otros fenómenos biológicos básicos del ser vivo: *la individualidad inmunológica* y *la maduración enzimática*. Desde estas raíces biológicas su esfera alcanza a las primeras relaciones emocionales, a la estructuración de la personalidad y a los niveles más elevados de la vida espiritual.

B) En la urdimbre se trata de *una unidad transaccional*, al igual que las demás realidades biológicas. Relación transaccional es la que se establece entre dos sistemas de causas que están constantemente influyéndose de manera recíproca. Así los fenómenos que se producen en un sistema (el niño) están siendo constantemente modificados por las reacciones que provocan en el otro sistema (la madre), y recíprocamente. Conociendo solamente las relaciones de un sistema *no pueden predecirse*, no ya las del otro, sino la ulterior forma de reaccionar del sistema que pretendemos conocer.

C) La urdimbre es una *realidad constituyente, programadora*. Igual que ocurre en la programación de un cerebro electrónico, el niño, en la urdimbre, queda ya modelado en un *estilo de pautas* que van a determinar su conducta en el mundo, su percepción de la realidad y sus ideas sobre el hombre y la Naturaleza.

D) La urdimbre se expresa no solo en los hábitos del individuo, en sus estilos de reaccionar, en la constitución psicofísica individual, en su forma de enfermar, etc., sino también en *la trama o tejido de sus relaciones con otras personas*. Si estudiamos la *urdimbre psicosocial*, por ejemplo, al elegir un tipo determinado de pareja, de amistades, de esfera de influencia, etc., y los mecanismos de compensación que en todo ello se expresan, nos encontramos con la sorpresa de que *en el fondo de todo ello está siempre reflejada la urdimbre primera*.

E) Una de las características más fundamentales del concepto de *urdimbre* es el ser *transmisión a través de generaciones*. Hay en ella mucho más que una simple “simbiosis madre-niño” o que una influencia transaccional. La reaparición y reactivación en los progenitores, ante todo en la madre, de sus propias tensiones emocionales de la infancia, hace que en toda urdimbre vuelvan a ejercer su influencia situaciones remotas de la historia familias,

tanto en forma de conflictos como de soluciones, pertenecientes a varias generaciones. Resurge la tiranía o la dulzura de la abuela, sus ideas sobre el bien y el mal, la rigidez o la plasticidad de su mundo y también los conflictos de envidia o de celos con sus hermanos o los problemas emocionales con sus padres. [...]

F) La *urdimbre primigenia o constitutiva* es la fundamental, la básica. Pero esta urdimbre primigenia se prolonga en otros dos estratos de gran importancia en el desarrollo de la personalidad, a los cuales, por predominar en ellos *las relaciones de tipo transaccional*, también denomino *urdimbre*. Se trata de la *urdimbre de orden* en la cual se adoptan las normas sociales de ordenación del mundo: valores, criterios morales, etc., y la *urdimbre de identidad*, en la cual el individuo confrontando la imagen que de sí mismo se forma con la que de él se hacen los demás adquiere una idea de "sí mismo", conciencia de su *mismidad*, de su ser persona única y peculiarísima, inserta en un clima social también peculiar y único.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 23-27]

FUNCIONES CAPITALES DE LA URDIMBRE

«Dentro de la urdimbre constitutiva o primera hay que distinguir por lo menos nueve funciones capitales.

1) *La función amparadora o tutelar*. La urdimbre representa ese abrigo primero sin el cual el ser humano perecería irremisiblemente.

2) *La función liberadora*. Ya en las aves puede observarse cómo la primitiva tutela va asociada a mecanismos instintivos que promueven el vuelo de las crías y facilita que estas se aventuren solitarias en sus ensayos de independencia. El desequilibrio entre estas dos facetas de la urdimbre: la protectora y la liberadora, produce trastornos conocidos como "madre sobreprotectora" o asfixiante, que crea el terreno para enfermedades como el asma infantil, la obesidad, etc.

3) *La función ordenadora*. El mundo en torno ha de ser ordenado, estructurado. Más adelante, la influencia paterna es quien va a dar, en la *urdimbre de orden*, el sello definitivo, tras la aceptación de las normas sociales en medio de una pugna del nuevo ser por la independencia y la autonomía. [...]

4) *La función vinculadora*. Es la transmisión de pautas de comportamiento, de ordenación de la realidad, de preferencias que, a través de la madre, vienen de generaciones anteriores, de abuelos y tatarabuelos, y en último término, del trasfondo social y racial. A través la urdimbre, el nuevo ser queda vinculado a una tradición.

5) *La función de mediadora de la realidad*. Merced a la urdimbre se abre ante el niño la realidad del mundo a través y por mediación de la madre. Esta es para el niño como una envoltura de la que poco a poco empezasen a desprenderse los objetos o cosas del universo en torno. En los umbrales de la vida los objetos del mundo exterior, la realidad en torno, nacen en último

término en virtud de la maduración neurológica de los dispositivos perceptivo-motores, pero envueltos en una atmósfera emocional que no es exagerado decir que surgen desprendiéndose del ámbito materno. Una perturbación radical de la urdimbre constitutiva, como en el caso de Caspar Hausen, criado como Segismundo en un calabozo o torre, sometido a una "privación sensorial temprana", se observa una gran dificultad para hacerse cargo de las cosas tal como los demás en realidad las vemos. La visión *preferencial* de un autor sobre el mundo a su alrededor, su selección inconsciente de cosas muertas o de cosas vivas, su estructuración de la realidad en relación con sus personajes es algo que está determinado por la urdimbre primera.

6) *Substrato biológico de la confianza básica o esperanza fundamental*. El niño adquiere o no la seguridad de que sus necesidades han de ser satisfechas en todo momento. Vive así la correspondencia que existe entre sus necesidades biológicas y el complemento dispuesto por la Naturaleza para satisfacerlas. El que el mundo sea *algo en que se puede confiar* o, por el contrario, *algo en que no se puede depositar confianza* es una experiencia que el hombre hace de manera decisiva y que va a determinar su actitud ante el universo. Muchas veces la conducta delictiva o anormal ha de considerarse como un sistema vicariante, un aparato ortopédico para sustituir este órgano fundamental del alma humana. Así decía una enferma mía: "Solo lo malo da confianza; solo robar da seguridad. Lo malo es la única realidad segura, lo único que realmente existe". Si falla la confianza básica, se crea la convicción de que el mundo no es de fiar, de que su última estructura es *absurda y disparatada*. Y, al mismo tiempo, *yo estoy lleno de culpabilidad; soy un ser indigno y miserable*.

7) *La función de horizonte*. La urdimbre primera perfila las actitudes existenciales del hombre hacia términos radicales en el espacio, como son la *proximidad* y la *lejanía*, el anhelo de libertad y el de reclusión, la obsesión por el vagabundaje o por el confinamiento. Todo aventurero errante responde a la necesidad secreta e insoslayable de restañar en la urdimbre constitutiva un trastorno de esta *función de horizonte*. Mas también obedece a una perturbación remota en la urdimbre el *anhelo de reclusión*.

[Michael Balint (1959) distinguía entre los ocnófilos (del verbo griego *ōkneo*, 'agarrarse', 'aferrarse') y los filobáticos (del griego *βαίνειν* *baínein*, 'andar'). Los primeros muestran un enorme apego a las personas y a los lugares de origen y tienen la ilusión de estar seguros mientras se mantengan en contacto con el objeto que les proporciona seguridad. Los segundos tienden a tener una vida independiente y a buscar el placer en las aventuras, los viajes y en nuevas emociones. Pero ninguna de estas dos categorías constituye un indicador mental.]

8) *La función integradora*. Vive el tierno infante la oposición entre aspectos malos y buenos de la existencia ya desde los primeros instantes, desde de que nace. La madre va haciendo más frecuentes sus ausencias, sus alejamientos; actividades espontáneas son prohibidas o reguladas. El mundo

empieza a presentarse como una sucesión de aspectos benignos, entremezclados con fases de inexplicable malignidad. Es preciso armonizar esta doble y antagónica vertiente de lo real. Más adelante, el niño se va a complacer en una curiosa estrategia que ni padres ni educadores entienden. Va a complacerse en *volverse malo* por unas horas. Con esta táctica, el tierno infante quiere provocar a su turno –gozando de su poder e independencia– la maldad represiva de los demás, averiguar cómo los demás van a responder a eso “malo” que él no sabe bien dónde colocar, si en los otros o en sí mismo.

9) *La función de la unidad psicofísica o biológica*. De igual forma que en la urdimbre existe una unidad absoluta, simbiótica, entre madre y niño, similar a la presente durante el embarazo y que no hay durante ella oposición entre “dentro” y “fuera”, “yo” y “mundo”, ya que el ser vivo se encuentra sumergido como en un horizonte formado por la madre, *en continuidad biológica con ella*, también el organismo vive en esta fase de su desarrollo una *unidad biopsíquica total*. A partir de ese momento, ya en el niño de pocos meses o en el de uno o dos años, el cuerpo va a empezar a ser “vivido” y experimentado como *algo aparte*, cada vez más distinto de su yo. Es en esta fase en la se que integran las regulaciones vegetativo-endocrinas que forman la unidad del ser humano, que armonizan sus diversos órganos y funciones, armonía sin la cual no sería posible la vida.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 27 ss.]

URDIMBRE CONSTITUTIVA Y EL PAPEL DE LA MADRE

«El niño recién nacido forma una simbiosis entre su cerebro –formado por capas todavía muy primitivas– y el de su madre, desarrollado y adaptado al *mundo de las cosas*. Continúa durante sus primeros años –años que si siguiera el ejemplo de los demás vivos debiera haber pasado dentro del útero– la simbiosis biológica rigurosa que mantenía con su madre antes de nacer. Poco a poco la parte más reciente de su corteza cerebral –el neopallium– va a entrar en funciones. Y al hacerlo tendrá que irse desprendiendo, primero de la simbiosis, luego del mundo mágico de la infancia (en el cual no hay diferencia entre el yo y el mundo en torno; todo es una misma cosa, mi subjetividad y el mundo que me rodea) y, al mismo tiempo, quedas esencialmente *desprotegida*. Camina así hacia lo que constituye el radical ser del hombre, que es sustituir esta protección del mundo mágico infantil por la que va a proporcionales su pensamiento, su inteligencia. Pero el pensar trae consigo el conocimiento de la esencial fugacidad del instante, de la “muerte potencial” que acompaña a todo acto discursivo. “El acto espiritual representa la constante irrupción de la muerte posible en la vida del hombre” (Kunz). [...]

Queda así, en la lontananza de toda vida humana que es su infancia, el recuerdo de un paraíso. En el cual no había sujeto ni objeto, el mundo y nosotros éramos una misma cosa, una unidad; no existía el espíritu que nos hace hombres, ni la *muerte potencial* que en el espíritu va implícita. Tampoco era necesario adquirir *una nueva seguridad por la razón*,

renunciando a la *seguridad biológica* de la simbiosis materna.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 218-219]

«Atribuir todo el mal a "conductas maternas" es un error crasísimo, ya que, en primer lugar, en esa fase de la urdimbre no existen como cosas separadas "madre" o "niño", sino que forman una unidad, y, en segundo término, lo que la madre vehicula y transmite, como un embudo o como el cauce de un río, es todo un sistema de civilización que, *a través de ella*, se incorpora en las estructuras psicobiológicas determinando en su desarrollo, cuando es anómala o deficitaria", la "basic fault", la *falla primordial*.» [Rof Carballo, Juan: *Rebelión y futuro*. Madrid: Taurus, 1970, p. 171-174]

CARÁCTER APRISIONADOR Y LIBERADOR DE LA URDIMBRE

La incapacidad para desarrollar una personalidad independiente y con límites netos en virtud de un ambiente familiar opresor o sobreprotector lleva a la constitución de una *urdimbre deficitaria*. Ya Fairbairn apuntaba que los "esquizoides" son mucho más frecuentes que los "deprimidos", y que muchos de los enfermos diagnosticados como deprimidos son, en realidad, "borderline", caso límite, enfermos "liminares". La inseguridad es un estado normal del ser humano, pero esta inseguridad se considera patológica cuando se produce una típica oscilación entre el miedo a quedar vinculado y absorbido por los seres tutelares, sin personalidad, y el miedo a una independencia para la que el sujeto no se siente suficientemente fuerte, una autonomía que produce terror. Es muy importante el proceso de simbiosis y separación, acercamiento y alejamiento, separación e individuación (Margaret Mahler).

«Pero hay que considerar un elemento capital de la urdimbre que es el *proceso de separación*. La urdimbre *constitutiva*, la de *orden* y la de *identidad*, solo alcanzan su pleno relieve atendiendo a *zonas de transición*. Consustancial con la protección y tutela de la urdimbre de orden, anejo indisolublemente a ella, está la promoción de la separación, *el abandono*. Solo en este doble movimiento del amparo y del abandono, del alejamiento, está la clave de la libertad. Doble movimiento que ya se observa en la madre y en el niño cuando este se aleja jugando, mientras la madre queda haciendo sus quehaceres en la cocina o en el dormitorio. Un sutil vínculo invisible, como una goma elástica, hace que la madre esté atenta al niño que se aleja y el niño distienda este vínculo, jugando, hasta que siente temor.

En las zonas de transición de una a otra urdimbre se acentúa lo que he llamado el carácter aprisionador-liberador de cada una de ellas. En las tres puede dejar su huella lo primero, la prisión y quedar el hombre más o menos encarcelado en un "enmadramiento" neurótico, en una fijación a la fase oral, etc. O bien, en la segunda urdimbre, en una necesidad obsesiva de orden, en una supeditación a un Superyó tiránico y cruel o a una angustia

persecutoria. Por último, en la tercera fase, habitualmente el hombre queda detenido en el abrigo institucional.

Cada una de las fases evolutivas apunta, pues, a una tendencia retentiva, anquilosante, dentro de la evolución de la persona; y a la vez hay en ella la posibilidad de una progresión. De nuevo encontramos aquí el carácter reprogresivo peculiar al subconsciente humano y también la dificultad para el "salto" de una en otra etapa.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 534 ss.]

LA MADRE PROTECTORA Y LA MADRE TERRIBLE

«Es evidente que, si en el curso de los milenios de la antropogénesis la relación con la madre ha tenido tanta importancia para la construcción del hombre, esto ha tenido que ocurrir con una oscura presciencia o sentimiento de su todopoder, de su trascendencia para el destino individual. Para decirlo con una frase de Erich Neumann: "puesto que en la fase más temprana del desarrollo del hombre están íntimamente vinculados el factor amoroso y el cognoscitivo, el desarrollo del yo y la relación con el prójimo, la relación primigenia con la madre está, en este sentido, preñada de destino". Comprendemos así por qué todas las culturas han tenido, en una forma u otra, un culto por la "Gran Madre", concebida esta como principio femenino donadora de vida, otorgadora del amor y de la plenitud de la existencia y dotada, en forma de Sofía, de la sabiduría y del conocimiento supremos.

Y puesto que las perturbaciones de la urdimbre, en forma de desamor o de abandono y también las múltiples formas destructoras de la personalidad, desde el mimo excesivo hasta la agresividad inconsciente y solapada actúan de manera deletérea no solo sobre la personalidad del hombre, sino sobre su destino, natural es también que esta experiencia almacenada en forma muy inconsciente y reiterada a lo largo de miles y miles de generaciones haya creado, frente al arquetipo de la madre buena, benigna, otorgadora de bienaventuranza, vida y amor, la imagen terrorífica de la madre terrible, a la cual la imaginación del hombre ha conferido, en las civilizaciones y culturas más diversas, toda suerte de atributos destructores. Desde la madre fálica, con ornamentación masculina, hasta las diosas con dentaduras agresivas, con apéndices mortíferos, con intenciones aviesas, con poderes aniquiladores nunca se ha llegado tan lejos en la fantasía del hombre como cuando este ha trata de representar plásticamente en forma de las Gorgo, las Hekaté, las Mesalinas, las Perséfone, las mil figuraciones de la potencia maligna que puede tener lo maternal.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 173-174]

«La conciencia del hombre para llegar a ser autónoma tiene que seguir un penoso proceso de autonomización, tiene que volverse *relativamente* independiente del subconsciente. Ha de guardar cierta relación con este, bajo pena de perder poder creador, pues, a fin de cuentas, la capacidad creadora procede, como ya viera Goethe, de las profundas "madres subterráneas" albergadas en el subconsciente humano. Pero, en ciertos

casos, estas "madres subconscientes" son madres tiránicas, absorbentes, engullidoras. No permiten el proceso de autonomización, la separación del yo, de la Conciencia, de las aguas profundas. La mitología de todos los tiempos ha representado en mil figuras este arquetipo de Madre Terrible. En la cultura helénica, la Madre Terrible aparece como Astarté, o bien como las Erinias o las Furias. Pero también en forma de Esfinge. Edipo, al vencer a la Esfinge, no hace más que realizar una hazaña que todo hombre se ve obligado a llevar a cabo: librarse de la excesiva tutela de un subconsciente que pretende sumergirlo y absorberlo.

Para los psicoanalistas freudianos, esta Madre Terrible tiene otro nombre. No es una figura mítica, arquetípica, sino un personaje real: es la "madre castratriz", la madre excesivamente imperiosa o cariñosa en demasía, que inmoviliza a su hijo en una docilidad extremada; que impide por mil medios, llena de buena voluntad en el fondo, y, por otra parte, siguiendo impulsos subconscientes irrefrenables, el desarrollo normal de la personalidad de su hijo.

En la clínica, este proceso se presenta en formas varias: unas veces da por resultado tan solo un muchacho tímido, acoquinado, incapaz de pegarse con sus compañeros, y más tarde, en la vida, falta de originalidad y de fuerza. Otras es la causa determinante de ese trastorno endocrino del crecimiento que se llama pseudo-Fröhlich. O bien de una anorexia más o menos prolongada y que a veces es tan grave que se termina por un trastorno endocrino. O de trastornos digestivos diversos. [...]

Para Erich Neumann hay una clara diferencia entre el sector del subconsciente que, míticamente, está representado por la Gran Madre y el que representa la figura paternal. Para Neumann, el subconsciente que simboliza la Madre es *más primario*, es una estructura psíquica fijada de manera eterna, casi inalterable; en cambio, el subconsciente paternal ha cambiado con frecuencia, en su estructura, durante los últimos seis mil años. Mientras la madre representa el aspecto "instintivo" de la vida, la imagen arquetípica del padre estaría condicionada por el variable carácter de la cultura en la que el niño crece y se desarrolla. Así, mientras con sus aspectos positivos y negativos la madre permanece siempre la misma, la imago paterna, por el contrario, cambia con la cultura que representa. [...]

En las fábulas y cuentos siempre hay un rey o un "padre avieso" (que simboliza el sistema de cánones anquilosado, periclitado, pero que trata de sostenerse a toda costa y perdurar) el cual envía al héroe a combatir al dragón o a la Esfinge con la secreta esperanza de que esta lo devore. Muchas veces esto ocurre, en efecto: el poeta revolucionario o el hombre de excepción sucumben a la enfermedad, a la locura o al destierro. En otras leyendas y cuentos el héroe vence todos los peligros con la ayuda de un "segundo padre", de una figura paternal *buena*, muchas veces de origen divino. Pues, de igual manera que hay una Madre Terrible, hay un Macho terrible, al que no hay más remedio que vencer y matar. Y así como hay hadas propicias, también existen padres-guía, protectores.» [Rof Carballo,

Juan: *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Madrid: Labor, 1961, p. 238-239 y 252-253]

«España no es solo el país que crea como tipo humano universal el de Celestina, en la obra de Fernando de Rojas, sino también el país en que dos pintores de genio, Goya y Solana, se complacen en representar en sus cuadros a la bruja vieja, a la trotaconventos o a la dueña de prostíbulo, personificación caricatural de la Madre Terrible. De los retratos que hizo Goya de mujeres encantadoras, de la seductora Maja, pasa, en su vejez, a representar con complacencia brujas y aquelarres. Reparemos, al igual que ocurre con Solana, que, así como la representación de la mujer joven hechicera es siempre individual, cuando el artista quiere comunicarnos su percepción de la Madre Terrible lo hace, al menos en la pintura, en forma plural, como ser colectivo. Las principales mujeres de Solana no son desnudos individuales, sino, como en el Goya postrero, el de las pinturas de la Quinta del Sordo, grupos colectivos. Mujeres de prostíbulo, coristas de pueblo, grupos de máscaras. La cultura azteca es pródiga en estas representaciones de las diosas destructoras de repelente aspecto, devoradoras, sanguinarias.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 316]

«Si Erich Neumann ha podido consagrar un libro admirable a la rica iconografía que, en todas las civilizaciones, en las culturas más diversas, en los remotos lugares de la tierra se ha dedicado a la "Gran Madre", es porque el arquetipo primordial, es decir, el eje de cristalización de la psique del hombre tiene, forzosamente, que referirse a este *complemento tutelar* que, sirviendo de amparo a su invalidez substancial, radical, permite su supervivencia. Y como tal amparo puede ir teñido de aspectos benignos y malignos; como la invalidez y prematuridad [el hombre es un ser prematuro, nace estando incompleto y desvalido] del hombre le ponen a la merced de las fantasías de la madre y de los prejuicios de la cultura en que nace, forzosamente este *arquetipo maternal* ha de estar violentamente teñido de dos colores opuestos: blanco y negro. La Gran Madre ha de presentarse en las creaciones de la fantasía humana, manifiestas en sus mitos, en sus leyendas, en forma de Madre terrible y de Madre protectora. Así ocurre y el libro de Erich Neumann nos lo demuestra, junto con la riquísima gama de simbolizaciones de este fenómeno radical de la psique del hombre.

La Gran Madre aparece como vientre, como corazón, boca, como cuerva protectora o tenebrosa, como infierno, como nido, lecho, cuna; como escudo, como abrigo. "Escudo protector" es una imagen empleada con frecuencia por los psicoanalistas ortodoxos al hablar de la unidad madre-niño. Pero también vuelve a aparecer como cáliz, como Grial, fuente, bebedizo, fruto, retorta donde se verifica la transformación alquímica, como agua de la vida, como sabiduría, como luna, cielo, etc. en los símbolos de todos los pueblos y culturas.

En la simbología de la psicoanalista Melanie Klein este maniqueísmo de los "objetos malos" y de los "objetos buenos", esto es, del "pecho malo" y del "pecho bueno" internalizados, ¿qué otra cosa es, en el fondo sino los mismos

arquetipos de la Madre terrible y de la Madre propicia que vemos florecer, todo lo largo de la historia de la humanidad, en las religiones más diversas, en mitos y cuentos?» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 34-35]

LA MADRE NARCISISTA

«Quizá como mejor entenderemos la trascendencia del proceso transaccional de la identidad es mostrando su trastorno en el caso extremo de la "madre narcisista. Una función maternal es la de *separación y distanciamiento*. Con finísima percepción, la madre calcula con cuidado exquisito cuál es la *dosis de separación* que el niño en cada momento determinado de su desarrollo *puede ir tolerando*. Intuitivamente, la madre *mide* con sensibilidad llena de ternura, dentro del proceso transaccional de la urdimbre constitutiva, el grado de tensión emocional que el niño es capaz de soportar cuando ella lo va separando de sí misma y enfrentando con la "dura realidad". Esta graduación exquisita y sutil de confrontación del niño con la realidad forma parte del aprendizaje.

El conflicto de abandono-separación de la madre, esto es, *la ruptura de la urdimbre constitutiva* ha de hacerse dentro de la capacidad de la madre para identificarse emocionalmente con el niño. Así va modificando paulatinamente *la imagen* que se hace de su niño. Es capaz de *sentirlo con su propio cuerpo*, sin por eso perder *su propia identidad de persona*. Es algo que el padre nunca puede llegar a comprender.

Todo lo contrario sucede con la "madre narcisista". La madre narcisista ve al niño "como un reflejo de sí misma". Es decir: se niega a ver todo lo que en su niño no corresponde a la imagen que ella previamente se ha hecho de él. Todos los mensajes que el niño envía a la madre, pero que discrepan de esta *idea* que ella se ha hecho *no son recibidos*; son sistemáticamente *bloqueados*. Por ejemplo, si el niño responde sonriendo a la sonrisa materna, esa sonrisa sí es percibida. Pero si el niño sonría espontáneamente, por propia iniciativa, esta sonrisa *no es percibida* por la madre; la madre *no se entera de ella*. La madre establece una relación *dentro de ella* con su niño. Relación que luego proyecta, como Narciso su imagen en el espejo, sobre el niño real, en el cual, en el fondo, no ve más que *una prolongación de sí misma*. [...] La madre narcisista es ciega y sorda para toda comunicación que no es congruente con la realidad *tal como ella cree que debe ser*. No puede ver a su hijito *como un existente* autónomo. Si el médico le lleva la contraria y no es capaz de observar los síntomas que, *según la madre*, aquejan al niño, inmediatamente se marcha y busca "otro médico mejor".

Para el desarrollo del niño esto tiene gravísimas consecuencias. Ya que pronto descubre que *si no confirma esta idea que la madre se ha hecho de él corre el gravísimo peligro de ser abandonado*. Por consiguiente, se angustia. Tiene que, para evitar esta angustia, que conformarse estrictamente a la imagen que la madre se hace de él. Con una madre narcisista, en el proceso de aprendizaje el niño trata de omitir todas aquellas liberaciones de energía

instintiva que no son bien vistas o aceptadas dentro de las normas de la madre. [...]

La madre normal, con tierna tutela, transmite junto a un núcleo central de pautas ordenadoras, inconscientemente, *una zona marginal de pautas posibles que en ella no se han realizado*. Hay un "campo periférico" por ella ignorado de conductas posibles, de rebeliones calladas, de emociones insatisfechas que, sin quererlo, en forma sutil y en el lenguaje preverbal, son transmitidas junto con las "pautas de culturalización", con las consignas, con los sistemas de orden. Se pone esto de manifiesto en aquellos casos extremos en que la situación se invierte y la madre, en lugar de transmitir al hijo las pautas consuetudinarias, trata de hacer de él *lo que ella no pudo ser*, es decir, de educarlo no con sus costumbres y creencias, sino *con sus sueños*. En cierto modo, en toda tutela normal, hay un *aura de sueños* maternos que intervienen corrigiendo y completando la urdimbre de orden. Si la madre de Rainer Maria Rilke (1875-1926) no hubiera sido más que la madre narcisista y gazmoña que nos han descrito –ante todo su hijo– no se hubiera nunca realizado la genialidad poética de su hijo. De esta manera secreta había en ella, seguramente, algún sueño fecundante sin realizar que animó en forma muy escondida y profunda, incluso frustradora, la capacidad creadora del poeta.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 234-239]

URDIMBRE CONSTITUTIVA Y EL PAPEL DEL PADRE

Se supone en nuestra sociedad que el niño ha de ser cuidado por la madre en los primeros años, por lo que los investigadores siempre han sobrevalorado la influencia de la madre al estudiar el desarrollo del niño en los primeros años de su infancia. Algunos autores lo atribuyen al predominio de las mujeres entre los psicoanalistas que estudian la primera infancia. Los niños acuden a la clínica siempre acompañados de sus madres, mientras que el padre queda en la penumbra. Hay también una tendencia en las madres a echar sobre sus espaldas la responsabilidad de las anomalías psicológicas del niño.

El hombre a la fuerza ha de identificarse con una *imago* masculina, ha de buscarse un padre. Pero ocurre que el niño se encuentra con que esta *imago* no es la del padre *real* con el que lucharía. La lucha con el padre es de importancia fundamental en la estructura profunda de toda personalidad. Cuando esta lucha se ha de llevar a cabo no solo con una figura masculina a la que en el fondo se menosprecia, sino también con una figura *a la que se puede menospreciar*, se corre el peligro de que la identificación se lleve a cabo, en gran parte, con la madre.

«Para Erich Neumann, el "secreto" más hondo del mundo patriarcal, el *misterio* guardado con celo, consiste en que esta parte egregia y elevada de *lo masculino* es móvil como la brisa, pero invisible. Esto lo diferencia de los misterios matriarcales, asentados en la sangre y en la tierra, como el embarazo, la fecundidad, que son ostensibles y manifiestos.

Sería equivocado *reducir* la función del padre a *su autoridad* o a *su enemistas con el mundo matriarcal*, o a la *severidad* implacable de sus consignas que llegan a yugular las fuerzas generatrices y fecundas, las raíces secretas que vivifican al hombre desde la sensualidad y el *humus* de sus paciones. Hay en ella algo mucho más importante y fundamental y por eso, en contra de lo que piensan muchos modernos sociólogos y psicoanalistas, esta *función paterna* es inextinguible y no puede ser sustituida por la razón crítica, por la educación del Yo o por el "principio de la realidad". [...]

A la pregunta de en qué consistía para él la felicidad humana, Freud responde lacónicamente: *Lieben und Arbeiten*, amar y trabajar. ¿Por qué en esta respuesta olvidó precisamente aquello que él estaba haciendo, que constituía la esencia de su vida, el núcleo más entrañable de su existir? Que era *fundar* una escuela, *crear* una ciencia nueva, *dar a luz* un sistema esclarecedor. Puede pensarse que su orientación patriarcal, impregnada del espíritu fuertemente masculino de su época, le impidió ver lo que en todo hombre hay de envidia de la función generatriz de la mujer, de igual manera que en la mujer se habla de una "envidia fálica", de envidia procreadora. Freud negaba con este olvido de lo que en realidad estaba haciendo con más fruición, su "componente femenino".» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 276-278]

El asesinato del padre

«Freud plantea el tema del "asesinato del padre" en *Totem y tabú* y en el *Moisés*. La preocupación por el asesinato del padre se inicia con *Los hermanos Karamazov*, de Dostoiewsky, con el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla y alcanza su expresión más significativa con la *Carta al Padre*, de Kafka. Freud inventa este famoso "mito" en el momento en que Jung le abandona.

La realidad de este "mito" lo podemos comprobar en las terapias de grupo (*Gruppendynamik*). El silencio del terapeuta o monitor del grupo activa un proceso de dependencia y deificación, parejo al "silencio de los dioses" en las religiones más diversas. En los grupos reina la sensación de que el "jefe" investiga o busca algo y de que la situación no está bajo el control de los componentes del grupo, sino que estos se encuentran expuestos a un juego misterioso. La dependencia del jefe se muestra en la necesidad de un orden de discusión. El papel pasivo del jefe es sentido, inconscientemente, como una *pérdida* o como un *abandono*. En reacción a este abandono surgen en la mente de los componentes del grupo fantasmas infantiles que confieren al jefe del mismo la cualidad de ser protector y omnisciente. Este periodo pronto cambia, dando lugar a la fase contraria: la del ataque al jefe, la fase de la "revuelta". Ante la incompetencia para explicar y para proteger, el grupo da rienda suelta a su agresividad. Tras esta agresividad se ocultan fantasías muy profundas que se refieren al "asesinato" del jefe, a su destrucción "canibalística". Esto es, a la idea de "incorporarlo", después de haberlo "despedazado". La rebelión contra el padre tiene como consecuencia la liberación de los imaginarios "tabús sexuales" y el permitirse el grupo ahora hablar con más franqueza de temas eróticos. Estas fantasías de

“asesinato” se mezclan con fantasías de expiación y de arrepentimiento. O bien, con un marcado *sentimiento de culpa*.

Lo mismo que ocurría en *Totem y tabú*, en la fábula de Freud. Es necesario expiar el crimen. Esta “rebelión” contra la figura paterna tiene una importante consecuencia en la “dinámica del grupo”: la de reforzar los vínculos entre los “hermanos parricidas”, entre los miembros del grupo. Otro importantísimo fenómeno que suele observarse dentro de la evolución del grupo es el deseo de eliminar un miembro del mismo al que se carga con las culpas colectivas. En su estudio, *La Pharmacie de Platon*, Jacques Derrida señala la importancia entre los griegos del *pharmacos*, de aquel a quien se cargaba con el peso de los pecados de la comunidad y por ello era expulsado de la ciudad o asesinado. Al final se empieza a establecer un “nuevo orden”. Poco a poco los componentes del grupo van adquiriendo una mayor individualidad, una mayor conciencia de los límites personales de cada cual, desarrollándose como personalidades autónomas capaces de una auténtica relación fraternal.

En *Totem y tabú*, Sigmund Freud, al imaginar su explicación, que él creía “histórica”, punto crucial de la evolución de la humanidad, en realidad estaba dando expresión a algo que ocurría a su alrededor. La *autonomía* de C. G. Jung y del grupo suizo, la autonomía de Alfred Adler, la de Tausk, con su suicidio, servían indirectamente para fortalecer la cohesión de “los que quedaban”. Este mecanismo se observa en otros “grupos” no terapéuticos ni didácticos: en partidos políticos o en escuelas científicas. La “eliminación” o autonomía de uno de sus miembros sirve para mantener la continuidad y unidad del grupo. Freud, creyendo que escribía una teoría científica de la historia del hombre, lo que en realidad estaba haciendo era la crónica profunda de lo que sucedía en su grupo psicoanalítico. Sin esta *rebelión contra el padre*, el psicoanálisis no hubiera podido nacer.» [Rof Carballo, Juan: “Estudio introductorio” a Plé, Albert: *Freud y la religión*. Madrid: BAC, 1969, p. 17 ss.]

«En situaciones familiares, frecuentes en las familias de los “líderes” de la revuelta estudiantil, el padre ha pretendido ser “un hermano más” de su hijo, comprenderle, ponerse a su nivel. Estos “padres blandos” no sirven para algo que el joven necesita: la pugna hostil, violenta, con la figura paterna. Es preciso saber soportar este “asesinato del padre”. El adolescente no solo necesita dar rienda suelta a su agresión, sino que además inconscientemente, aspira al castigo. Carentes de esta problemática, los padres de nuestra sociedad tecnológica, de manera también inconsciente, mantienen a sus hijos en lo que se denomina “posición depresiva”. Por ambos lados se cierra el camino al conflicto edípico, sin el cual el hombre no puede llegar a ser plenamente hombre. Queda el adolescente fijado en una etapa infantil. Al llegar a la Universidad intenta que esta Universidad [“Alma Mater”], subsane la “falta básica”, el “fallo constitutivo”, que cure su ya incurable cicatriz. En segundo lugar, pretende que los profesores desempeñen ahora el papel que no pudieron ni supieron desempeñar sus

padres, que hayan de figura paterna fuerte y punitiva.» [Rof Carballo, Juan: *Rebelión y futuro*. Madrid: Taurus, 1970, p. 175-176]

El grupo viril como urdimbre modificada

«Para la "psicología compleja" (corriente jungiana), tras la primera fase "ourobórica" [ouróboros o uróboros proviene del griego ουροβόρος (ourobóros) que significa 'serpiente que se come su propia cola'] en la que el yo y el mundo están fundidos en unidad paradisiaca, comienza el "proceso de separación". La conciencia, el "yo", se separa gradualmente del inconsciente, de la madre, que representa en esta fase todo: el "sí mismo", el cuerpo, el resto del mundo, el subconsciente. En las más diversas mitologías este proceso está representado alegóricamente por la separación de los elementos progenitores masculino y femenino, cielos y tierra, etc. Al principio, el yo continúa en una dependencia pasiva del mundo maternal. Llama Erich Neumann a estas primeras fases fálico-ctónica y fálico-mágica. La palabra *fálico* no tiene para él sentido sexual. Quiere decir, sencillamente, que la actividad del "yo" en este periodo está estrechamente enlazada con la experiencia del cuerpo, con la corporeidad, con su impulso fuerte y ciego, con la totalidad del individuo, pero vivida con acentuación de su parte física y corpórea. En latín *phallus* quiere decir "lo fascinante". Es el símbolo de la autonomía del inconsciente, del *imperio de lo corporal*, de lo instintivo.

Más tarde viene la fase en que la polarización se acentúa y el "yo" se esfuerza en liberarse cada vez más de la sujeción "matriarcal". Fase con múltiples representaciones simbólicas y míticas. En los tiempos más remotos de la evolución del hombre, los primeros grupos que se constituyen pertenecientes al sexo masculino son los "grupos de cazadores". Son el primer esbozo de algo que tiene en el desarrollo de la mismidad en el varón una importancia capital: el *grupo viril* o *la sociedad masculina*.

El principio, estos grupos masculinos están al servicio de las fuerzas matriarcales; su finalidad primordial es aportar el sustento. [...] Más tarde surge con el yo guerrero una forma de masculinidad que descubre que el terror de la propia muerte puede vencerse sintiendo que él mismo también puede dar muerte. Junto a la "madre terrible" encarnación de los poderes negativos de la urdimbre constitutiva, vemos ahora surgir el *elemento masculino terrible* como primer fundamento de los regímenes patriarcales.

Implícito en el desarrollo del sistema patriarcal está el de los grupos masculinos, con sus "ritos de iniciación", a los que los adolescentes han de someterse para entrar en la categoría de "adultos masculinos". En nuestro tiempo, la aparición de las "pandillas" se pone en relación con la pérdida en nuestra estructura social de los "ritos pubertales" o "ritos de iniciación", mediante los cuales el joven, afirmando su virilidad y su valor, adquiere el derecho a "entrar" en la comunidad masculina. En estas pandillas los muchachos se tatúan, como en las tribus indias y se viste de manera llamativa para singularizarse. Este "refugio en la sociedad de los pares" representa, para algunos estudiosos, el equivalente de la *sociedad sin padre*. Pero estas *sociedades masculinas* han existido siempre y, más que un

sustituto del padre perdido, han tenido la significación de lucha para desprenderse de una urdimbre materna excesivamente aprisionante.

A mi juicio, esta explicación no es suficiente. Más allá de la formación del *grupo masculino* tenemos otra característica del hombre maduro peculiar al mundo patriarcal y es su *necesidad fundacional*. El hombre adulto no está satisfecho en tanto no funda algo: una familia, un grupo de trabajo, una sociedad de cualquiera cosa o bien una obra, una institución, una dinastía, etc. El grupo masculino es también algo que se *funda*. El individuo que no es capaz de "fundar" se inscribe o adhiere dentro de una "fundación", *participa* en ella. En cierto modo, entiendo que esta "fundación" es *una reviviscencia modificada de la urdimbre*, tanto en su forma "constitutiva" como en su forma de orden. El hombre encuentra, al final de su camino hacia su mismidad, de nuevo aquello que le ha permitido ser hombre: *una urdimbre*, antes constitutiva, ahora fundacional. De ahí la fuerza que siempre han tenido las sociedades más o menos secretas de varones. [...] El hombre, mediante *el grupo viril*, termina o cree terminar victoriosamente su lucha e independización de las fuerzas matriarcales de la urdimbre constitutiva. Eso sí, encontrando otra urdimbre abrigadora, también de signo femenino, aunque no repara en ello: la "institución".» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 264-270]

LA URDIMBRE DE ORDEN

Según René A. Spitz, la aparición de un organizador preciso se infiere "por la aparición de una conducta afectiva específica, que es señal del establecimiento del organizador y del inicio de una nueva fase" en el desarrollo del niño. Cuando un determinado estadio acaba, obtiene un punto crítico en el cual surge un nuevo organizador. El primer organizador sería la sonrisa, primer reconocimiento social que hace el niño a la persona tutelar (tres meses aproximadamente). La fase siguiente está caracterizada por la angustia ante el extraño y la certidumbre o la duda de que la madre volverá. El niño se reconoce en el espejo. El tercer organizador es semántico, aparece un poco más tarde y es autoafirmativo: La capacidad de decir "no". Con el "no" el niño aprende a decir "sí" a sí mismo. Es la fase de la "testarudez", el tiempo de "salirse con la suya". Cuando el niño observa que decir "no" produce ciertos cambios en el comportamiento de sus padres, empieza a sentirse seguro, a gusto consigo mismo y encantado de percibir que domina la situación.

El nuevo ser necesita una ordenación, sin la cual el mundo sería algo caótico, que produce angustia. La ordenación alcanza también a la *esfera de los valores* y descansa con la incorporación inconsciente de unas *pautas*, de unos "automatismos de conducta". Sobre estos primarios estratos de "ordenación del mundo" y de "ordenación de la conducta" va a erigirse, más tarde, la educación normativa, la de las normas de conducta. No se deben confundir "pautas morales", normas conscientes, con el Superyó, ya que este es, en gran parte o casi totalmente, inconsciente.

El hombre tiene, desde el comienzo de su vida, tres necesidades fundamentales: respaldo, autoridad y protagonismo. La necesidad de encontrar respaldo en un grupo, de preferencia el familiar; la de estar supeditado a alguien con autoridad, que le oriente en el manejo de la realidad externa, y la necesidad, no menos imperiosa que las otras dos, de ser protagonista, de distinguirse de los demás, de desarrollar de manera independiente, autónoma, su pequeña persona.

El momento álgido de la urdimbre de orden se encuentra en torno a los 4 o 5 años. El niño necesita una ordenación, sin la cual el mundo sería algo caótico: produciría angustia. En la urdimbre de orden hay, como en la primigenia, un componente de apoyo, amparador.

«En toda tutela hay ya un esbozo de afán ordenador. Con la actitud erecta se inicia esa importante fase del desarrollo humano que los psicoanalistas conocen como "fase anal". Con la actitud erguida y el gobierno de los esfínteres, al mismo tiempo que con el principio de autonomía que da al nuevo ser el dominio de su actividad muscular, se suscita, transaccionalmente, en la persona tutelar una fruición ordenadora. Lo que se ordena no es ya una manera o estilo de ver la realidad y de conducirse ante ella, sino *una valoración* de esta realidad, que queda violentamente polarizada en una parte baja y en una parte alta. Lo bajo ha de ser "olvidado", considerado como "inmundo", como algo que hay que expulsar y alejar a toda costa. No ha sido así, en la fase de la urdimbre constitutiva en la que la primera actitud del niño hacia sus excrementos ha tenido una significación tierna "de regalo a la madre". Para la madre, a su vez, no ha tenido ningún carácter repugnante limpias los orificios excrementicios del cuerpo del recién nacido que considera llena de ternura.

Todo ello cambia ahora súbitamente. Lo "sucio", lo "bajo", lo "anal" –y paralelamente los órganos sexuales, en su inmediata vecindad– son ahora "cargados" con una tremenda fuerza afectiva que tiende a hacerlos olvidar, a hacer que se conviertan en innobles, repugnantes. Antes, en la urdimbre constitutiva no ocurría de esta manera. Para el niño, lo que de él se desprendía no era repugnante, sino una parte de sí mismo; algo que él *producía* y de lo que incluso podía mostrarse orgulloso, como un artista de su obra. [...]

No habría ordenación biológica sin sistema depurador. Pero lo peculiar de este mamífero que adopta la actitud erecta que es el hombre es, ya desde las culturas más primitivas, profesar una actitud enormemente emocional hacia estos dispositivos depuradores, actitud que lleva: a) a una educación social de las actividades excrementicias, b) a una valoración depreciatoria tan intensa que contamina el resto de las actividades humanas; c) a una "sublimación" compensadora de realidades psicosociales que tienen aquí sus profundas raíces.

Se ha pretendido ver en estas *normas colectivas de limpieza* el primer esbozo de *normas para la coexistencia*, de normas sociales. Pero quedarían

con ello sin explicar varias características importantes de este "mundo anal" que el psicoanálisis ha puesto al descubierto:

1) Su relación con la agresividad. En todas las lenguas, los insultos agresivos más violentos se refieren siempre al territorio aboral del organismo. Gran parte de los chistes que provocan la risa en toda la humanidad son de índole escatológica. Cuando la lengua desea manifestar toda su violencia agresiva ha de emplear términos concernientes a la esfera anogenital.

2) La relación del "mundo anal" con el dinero. Norman O. Brown ha expuesto con agudeza las conexiones entre el mundo del capitalismo y la rigidez puritana que nace de Lutero –partiendo de que la "iluminación" decisiva de este surgió en un retrete– con conflictos inconscientes de tipo anal.

3) La vinculación de la esfera anal con las tendencias sadomasoquistas, más o menos enmascaradas que existen en la naturaleza humana. Con la tendencia a sufrir y a hacer sufrir.

4) La polarización ordenadora en "bueno" y "malo" y la "ritualización" de la conducta como inhibidora o frenadora de la agresividad. Al estimar en el hombre una parte "impura", entran en acción los "rituales de limpieza". La puntualidad, la minuciosidad, del detallismo, la escrupulosidad en la limpieza, la testarudez y el rigor en los juicios morales han sido señalados por los psicoanalistas como las características peculiares de una forma de ser, sumamente conveniente en la vida social, pero que guarda una cierta relación con el carácter obsesivo. Un grado más allá tenemos el difundido fenómeno de la "neurosis obsesiva", con su tendencia compulsiva a repetir determinado "ritual": lavarse las manos, confesarse incansablemente, pensar en una culpabilidad determinada, no pisar rayas, mantener una y mil veces los utensilios, etc. Se trata de "ritos de limpieza", y sobre todo, de "ritos de limpieza moral".

Subyacente a estos "rituales compulsivos" está una incesante angustia. El "ritual" sirve ahora de abrigo y de apoyo. La urdimbre de orden sirve también *de apoyo* o de amparo, y por eso las personas con carencias afectivas primordiales se acogen obsesivamente a esta exaltación repetitiva del orden que es la "ritualización". Si en toda urdimbre constitutiva había *una vertiente ordenadora*, en la urdimbre de orden existe un componente amparador. [...] Si la tutela es irregular o insuficiente o no existe, el niño se precipita prematuramente en la "urdimbre de orden" como en un abrigo que sustituye al que no ha tenido. O bien, al revés, es la madre la que introduce prematuramente el orden en la tutela amorosa y acortando la fase de ternura, por sus propias íntimas ansiedades, la sustituye anticipadamente con el "orden anal". Esa escrupulosidad prematura con la limpieza de los esfínteres, ese miedo neurótico a toda impureza, a la contaminación con bacterias de la comida, a que el niño lleve a la boca tierra o suciedad, ese temor a que el niño se "vuelva malo" o a que constitutivamente lo sea como parecía serlo aquel hermano "torcido" o un pariente próximo o alejado; es

decir, esta "conciencia anal" de la madre, no solo abrevia la duración de la urdimbre constitutiva, la de la ternura, sino que amputa esa fundamental relación que el niño establece en esta fecha con la "totalidad" de su cuerpo, con la plenitud de su ser. Al convertir en "negativa" una parte de este mundo se constituye la base para la formación ulterior de un "Super-Yo" negativo, amputador de un sector valioso de la realidad. [...]

El hombre tutelado no por la ternura, sino por la ordenación más o menos violentadora, desarrolla su personalidad con tendencia a enquistarla en "sistemas" de opiniones, creencias y conductas, ignorando todo ese otro vasto y escondido sector del ser, capaz de abrirle a otros "mundos de posibilidades". En lugar de la seguridad que da el "sí mismo" aparece un Super-Yo violentador y exigente que no solo no vuelve al niño más seguro, sino que le hace sentirse culpable, ya que el niño no es capaz de satisfacer todas sus exigencias. El intento que hace ahora el niño para satisfacerlas consiste en tomar sobre sí esta compulsión, en identificarse con ella, volviéndose así obsesivo.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 189 ss.]

Una de las más importantes cualidades de la personalidad madura es la de estructurar jerárquicamente la realidad: "descubrir el mundo de los valores, lo que conduce a armonizar la formalización máxima del tono vital en el mundo emocional y la formalización máxima del sistema nervioso en forma de pensamiento abstracto" (Rof Carballo).

LA URDIMBRE DE IDENTIDAD

La *urdimbre de identidad* concierne a la experiencia que hace el adolescente de sí mismo como algo propio y unitario. El hombre adquiere la conciencia de que a lo largo del tiempo hay algo en él constante e individualísimo. Este "sí mismo" (*Selbst / self*), que es idéntico a lo largo de la existencia humana, resulta de una laboriosa evolución, en la cual interviene no solo la imagen que uno se hace de su propia realidad, sino también la *apreciación* que de los demás merecemos. Es por tanto *un proceso transaccional* en el cual nada es por sí solo determinante. En este proceso tiene grandísima importancia la "imagen ideal" a que aspiramos y el "papel" que la sociedad nos asigna o que *nos ofrece* y que *escogemos* o *conquistamos*. La "personalidad" es la conquista más difícil del hombre (Rof Carballo).

Según Wallace y Folgeson, hay dos formas de identidad que se pueden denominar negativas: la identidad *que se teme tener* y la identidad *que realmente se tiene*. Frente a ello hay dos identidades "positivas": *la que se pretende poseer* y la *identidad ideas* a la que se aspira, la persona que uno quisiera ser. Las cuatro juegan un complejo intercambio según la aceptación o rechazo de las imágenes ideales y de las correspondientes inculcaciones por parte de los restantes elementos del grupo social.

La urdimbre de identidad se manifiesta con especial intensidad en la adolescencia, cuando el joven realiza la experiencia de sí mismo, al constatar en sí algo constante e individualísimo, diferente a los demás.

Según Rof Carballo, el sentimiento de continuidad temporal forma el núcleo del sí mismo, de la mismidad de cada uno. Ese "sí mismo" es una realidad transaccional, pues es el resultado de la imagen de sí mismo que tiene el adolescente, pero también de la apreciación que de los demás merece. Para la formación de la urdimbre de identidad, intervienen tanto la imagen ideal a la que aspiramos, como el papel que la sociedad nos asigna o que nos ofrece y que escogemos o conquistamos.

En virtud de la urdimbre de identidad, el hombre toma posesión de su sí mismo y se descubre vinculado a las más arcaicas raíces de su ser: las que se remontan a través de las generaciones a sus antepasados. La urdimbre de identidad está, por tanto, "profundísimamente vinculada con la tradición; mejor dicho, con el sustrato biológico de lo que habitualmente suele considerarse como tradición" (Rof Carballo).

«Se define habitualmente el "yo" como la estructura mediante la cual son satisfechas las necesidades instintivas en armonía con la realidad. El "yo" está rodeado de *mecanismos de defensa*:

- a) La realidad es *negada*, los impulsos que no pueden ser satisfechos son *reprimidos*.
- b) La agresión es *desplazada* de un objeto peligroso a otro que lo es menos.
- c) Cuando una persona querida amenaza con el abandono, es *introyectada* para conservarla sin "pérdida de objeto".
- d) O bien el sujeto se *identifica* con la persona admirada, imitando sus gestos, modulaciones de voz, etc.
- e) El principal mecanismo defensivo es la *proyección*, atribuyendo a los demás o al mundo exterior los propios impulsos y deseos cuando estos son inaceptables.

En virtud de estos "mecanismos de defensa" la realidad propia y la del mundo es distorsionada. Las más de las veces, la razón no es otra cosa que un *enmascaramiento* de las tendencias inconscientes. Nacen estos mecanismos de defensa de la imposibilidad de que reine en el alma el "principio de placer". Hay que intercalar un cierto periodo de tiempo o una serie de situaciones, actitudes, aprendizajes, demoras, etc., entre la necesidad y su satisfacción. Créanse así *hábitos de reaccionar* que, permitiendo una cierta satisfacción de los impulsos inconscientes, evitan el sufrimiento que supondrían su supresión total.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 262-263]

«Esta *creación de sí mismo*, en la que se va redescubriendo constantemente el radical enraizamiento de nuestra persona en la historia de los demás, se realiza siempre en pugna de asimilación y de repulsa con "figuras paternas". El camino que lleva al "descubrimiento de sí mismo", pudiéramos decir que está sembrado de cadáveres, de figuras que, durante algún tiempo, han funcionado como "modelos", como "ídolos", como "padres", y a los que hemos destronado, implacablemente, a veces abrumando a la figura, antes adorada, con nuestro mayor desprecio. [...] La

urdimbre constitutiva era una *relación de dos*: de la madre y del niño, ahora nos encontramos con una *relación de tres*.» [Rof Carballo, Juan: *Rebelión y futuro*. Madrid: Taurus, 1970, p. 158-159]

Lo más importante es haber adquirido la *confianza básica* en la primera urdimbre, la constitutiva. Esta confianza básica va confirmándose –o no– en círculos cada vez más amplios, a medida que el individuo se desarrolla. El niño aprende a *aplazar* sus deseos, a tener paciencia y confianza, a formarse objetivos lejanos. Junto a su confianza básica se va conformando una *confianza nueva*, la de que el mundo tiene un cierto orden en el que se puede confiar. La confianza básica, en el periodo de la constitución de la urdimbre de identidad, se va convirtiendo en *confianza en sí mismo*.

LAS DRAMÁTICAS PARADOJAS DEL SER HUMANO

«Si algo caracteriza a las realidades humanas es su apertura, debida a esa cualidad biológica nueva que llamamos inteligencia específicamente humana. Esto le lleva a Zubiri a decir algo que entonces no dejaba de ser sorprendente en los anales del pensamiento filosófico, y es que la inteligencia es una cualidad biológica más, como otra cualquiera, y que por tanto tiene una función biológica básica, la de hacer viable una especie que, desde todos los demás puntos de vista, aquellos que tan detenidamente habían estudiado los biólogos y antropólogos, estaba condenada al fracaso y, por tanto, a la desaparición. La función de la inteligencia humana es primariamente biológica, como que se trata de un rasgo fenotípico más, en principio parangonable a todos los otros, el color de los ojos o la potencia muscular (EM 52).» [Gracia, Diego: *El poder de lo real. Leyendo a Zubiri*. Madrid: Triacastela, 2017, p. 562]

«La primera dramática paradoja del hombre reside en que su inteligencia no es posible sin la menesterosidad primera, la del niño, de lo que se desprende que la mayor grandeza del ser humano está secretamente conectada con su máxima invalidez como ser biológico. Mas el niño nace expuesto, no solo a los peligros de la intemperie y del hambre, sino a otros casi tan graves como estos. Las personas “mayores” descargan sobre este ser indefenso sus tensiones emocionales insatisfechas y muchas veces le utilizan para equilibrar a su costa sus pobres vidas, en lugar de rodearle de amor generoso. Tuercen así, ya desde los primeros días de la existencia el destino del futuro ser.

La segunda paradoja de la existencia humana es la que se observa entre libertad y aprisionamiento. Para ser verdaderamente libre el hombre ha tenido antes que ser *prisionero*, al estar aprisionado dentro del amor diatrófico de la persona tutelar (normalmente la madre). La libertad que cree no deber nada al amor maternal, a la urdimbre primera es ilusoria.

La tercera honda contraposición de la naturaleza humana se nos ofrece en la circunstancia de que, naciendo el hombre *inter faeces et urinae*, entre el excremento y la orina, una de sus realidades más egregias, el amor pleníssimo, jamás se desprende de una hondísima vinculación insoslayable

con funciones biológicas que consideramos “bajas”. Esta polaridad amor sublime – sexualidad es tan consustancial al hombre como las otros dos: inteligencia – menesterosidad y libertad – cautiverio.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 61-62]

ORIGEN DE LA TERNURA

¿Pero qué tienen los peluches de interesante? ¿Por qué el koala es un animal adorable? El koala es en sí mismo un animal-pelucho. Nos encantan los animales-pelucho porque nos producen ternura. Los genes nos manipulan para que despertemos en nosotros un afán de protección, un afán de protección semejante al que sentimos por los niños de nuestra especie. A los niños no los consideramos una amenaza, ¿verdad? No forman parte del engranaje, no juegan la partida social en la que apostamos los adultos. No compiten. Y eso tienen que hacérselo ver a nuestros resortes emocionales inconscientes, a nuestros resortes hereditarios, genéticos, a nuestra biología.

Para empezar, el koala tiene formas redondeadas y pelo algodonoso, suave, no erizado, un pelo acariciable. Es una gran bola. Vamos a analizar los elementos que hacen a los niños adorables y las características que comparten con los peluches. En primer lugar, formas redondeadas. Han de ser como una bola, sin cuello apenas. Y la cabeza es una esfera. No tienen colmillos ni garras. El rostro del koala: tiene ojos grandes, morro corto y frente abombada. Es lo que caracteriza la cara de un niño. ¿Y cómo andan los niños? Con torpeza, están a punto de caerse todo el rato. La torpeza es fundamental para despertar ternura. Más cosas: brazos cortos y piernas cortas. Si reúnes todos esos elementos y los articulas debidamente, tienes una máquina de producir ternura. Los genes responsables de la producción de esos rasgos están actuando sobre tu conducta. Te manipulan y ni siquiera son tuyos.

¿Por qué queremos a los perros y por qué los lobos nos resultan amenazantes y por qué hemos inventado mascotas que tienen rasgos infantiles? Observa la confianza con la que los niños se dejan abrazar por él. Y cómo lo acarician sin temor alguno, pese a su tamaño.

Le pregunté al paleontólogo si la expresión “está para comérselo”, que tanto se utiliza para referirse a los niños, expresaba en el fondo un deseo literal.

Cuando una hembra de hámster pare dentro de una jaula, siente que está en una situación insegura y lo mejor que puede hacer entonces es reciclar la energía de sus crías porque no está en su ambiente. Esa camada no tendría éxito.

Pero bueno, aquí vemos las características que hacen a los niños tiernos y amorosos. Lo mismo que decíamos del koala: cabeza enorme, desproporcionada, ojos grandes, mofletes, formas redondeadas, la frente abombada, la nariz chata, casi un pellizco, apenas sobresale del rostro. ¿Te imaginas un bebé con la nariz aguileña?

Y los labios, los morritos... Además, no tienen dientes o son muy pequeños. Todo muy mullido: la tripita, los muslos... Y la torpeza, insisto. La torpeza emociona mucho. ¿Qué nos está diciendo el bebé con todo eso?

El bebé es una máquina de supervivencia. Está programado para llegar a adulto. Anota esto: podemos utilizar esos rasgos que acabamos de ver por separado o juntos. Una vez que tienes una lista de rasgos, te dices: voy a amplificarlos todos o solo uno, quizá dos, etcétera. Y hala, a manipular al personal.

Lo curioso —insistí— es que no solo nos produzcan ternura y afán de protección las crías de nuestra especie, sino también las de los animales. Y a los animales les ocurre lo mismo con nosotros. Está el caso de los niños salvajes, criados por una fiera.

Ese es el punto. Eso lo tienen todos los mamíferos, todos. Todos utilizan los mismos rasgos infantiles. Por eso vemos a veces en la tele que una leona ha adoptado a una cría huérfana de otra especie. La leona no es zoóloga, no sabe, pero el bebé tiene rasgos que despiertan en ella un instinto de protección. La leona no controla ese instinto. Todos los mamíferos, en ese aspecto, somos iguales.

Claro —dije—, la cría de una lombriz, en cambio, no nos despierta ningún sentimiento de solidaridad.

La mayoría de la gente con perro asegura que ellos no escogieron al animal, sino que fueron escogidos por el perro. Tú entras en una tienda de mascotas y todos los perros hacen boberías para seducirte. Todos compiten para caerte bien. Te llevas al que más adentro te ha llegado.

[Juan José Millás y Juan Luis Arsuaga: *La vida contada por un sapiens a un neandertal*. Barcelona: Alfaguara, 2020. "Arsuaga y Millás, la extraña pareja". En *El País* - 19-09-2020]

ANTECEDENTES

«En todo este "juego económico" se hace, en el fondo, una interpretación *moral* de lo que ocurre en la psique. El investigador está, a veces sin darse cuenta, empleando para comprender lo que ocurre *conceptos morales* propios de la cultura en que se ha educado, aunque sus ideas parezcan frente a estos conceptos, revolucionarias. Por otro lado, se comete el error de considerar a la "ternura" como una regresión a la fase oral, explicable tan solo por la satisfacción libidinal que dan las caricias de las personas cuidadoras. Ahora bien, la biología de la sexualidad nos enseña que hay "hormonas del cuidado", de la tutela, las *progestinas*, totalmente diferentes —aunque de estructura química similar— a las hormonas de la fecundación, a los estrógenos.

Pero hay todavía una cuestión mucho más grave. La propia experiencia clínica nos enseña que lo primario es la *tutela diatrófica*, que es artificioso querer derivar esta de un "placer sexual", ya que se manifiesta en la unidad madre-niño, en la *urdimbre*, la cual es *constitutiva*, pues sirve para *activar*

potencialidades genéticas y determinar el desarrollo de las estructuras cerebrales, bioquímicas, inmunitarias, hormonales, que constituyen al ser vivo como *ser concluso*, preparado para enfrentarse con el medio en toda su enorme gama de riesgos y variantes.

Finalmente, las *instancias prohibitivas* de la psique algo deben tener que ver con ese proceso sin el cual la vida no se comprende, pues ya empieza a funcionar desde los primeros niveles enzimáticos. Sabemos la transcendencia que tienen en esto los fenómenos de *inhibición y regresión*. También el despliegue genético se verifica mediante la intervención de *genes represores*. Y toda la fisiología cerebral y del sistema nervioso periféricos sería inconcebible sin el fenómeno de la inhibición o *represión* de estímulos. Principalmente, el aprendizaje es fruto de un juego sutil de activaciones agresivas y de inhibiciones de todo aquellos que es "accesorio" o que "debe ser olvidado".

En suma, *los mecanismos prohibitivos* de la psique han de explicarse en conexión, es cierto, con las prohibiciones sociales, esto es con patrones morales, pero siempre *en relación con los mecanismos represores* que, en todos sus niveles, nos muestra la vida, desde enzimas y genes hasta las neuronas. Comprendemos ahora que haya llegado un momento en la evolución del psicoanálisis en que se haya podido afirmar: *la teoría psicoanalítica es una psicología moral* (Guntrip), indicando así que era necesario superarla por *una teoría biológica*.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 111-112]

¡OJO!: La larga cita anterior de Rof Carballo ya está puesta en las fases del desarrollo libidinal del psicoanálisis clásico (final de fase fálica). [Resumirla aquí recalcando más el enfoque biológico.](#)

En este cambio sufrido desde la etapa kleiniana a la postkleiniana, lo más importante es que en lugar del Yo, que todavía conserva reminiscencias de la Psicología del Yo (Ichpsychologie / Ego Psychology) de Freud-Hartmann se pasa al concepto del "self" o de "totalidad psíquica"; de psique en su totalidad. El *sí mismo* o self (alemán *Selbst*) no es aquí entendido como una etapa final de la maduración del hombre o como un aspecto de la psique humana (tal como indica Erikson al hablar de *mismidad*), sino como la *totalidad integrada de la psique*. En términos neurofisiológicos, de aquellos niveles superiores que presiden la relación del hombre consigo mismo, con sus regulaciones viscerales y, a la vez, con el mundo exterior y con sus semejantes.

El psicoanalista ortodoxo Gustavo Bally ha observado que Freud evita, al hablar de la oralidad infantil, mencionar a la madre; solo habla del "cálido flujo lácteo" y del "pecho". Para eludir todo lo que concierne al cálido contacto comunicativo acuña para el partícipe la expresión "objeto extraño". En los primeros años de la vida, las pulsiones de hambre y sexualidad aún no están diferenciados y actúan fundidas. La pulsión sexual aún no sirve a la reproducción de la especie, solo proporciona placer. Freud reduce la riqueza

y plenitud de influencias que brotan de la madre hacia el niño a un pecho que da "satisfacción". Toda inmensa complejidad de la relación del niño con la madre y de la madre con el niño queda reducida a la concepción *entonces* dominante en la fisiología: *estímulo y reflejo*, concepción hoy plenamente superada.

«Es curioso que los representantes de esta evolución pasen por alto un hecho fundamentalísimo. Todo este proceso de la formación del *sí mismo* está condicionado *a priori* por una circunstancia que tiene sus raíces en la evolución del ser vivo, en las claves de los mecanismos genéticos y, en último término, en propiedades sustanciales de la vida. Me refiero a que el organismo vivo, pero, sobre todo, en grana mayúsculo, el hombre, nace siempre en situación de prematureidad, de invalidez, incompleto y necesitado de ser terminado en aquellas sus estructuras más esenciales.

No es cierto que los mamíferos superiores nazcan con la mayoría de sus neuronas ya desarrolladas. Estudios con radiomarcadores demuestran que, en el hipocampo, en el bulbo olfatorio y en la corteza cerebelosa un 80-90% de las neuronas solo se forman después de que ha nacido el animal. También es sabido que un "ambiente enriquecido en estímulos" produce en las ratas jóvenes un cerebro con corteza más gruesa, mejor riego sanguíneo, mayores neuronas y mayor riqueza en enzimas.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 449 ss.]

SOCIALIZACIÓN Y CULTURA

Ver: "Diccionario temático de Antropología"

Evolución – Familia – Sociedad

LA "URBEZIEHUNG" Y EL ARQUETIPO DE LA "GRAN MADRE"

Madre idealizada y madre demonizada: Khali / Coatlicue

Ver: "Diccionario temático de Antropología": Matriarcado

En la segunda mitad del siglo XX, los investigadores comenzaron a considerar las psicosis desde el punto de vista genético y a estudiar las primeras relaciones infantiles entre la madre y el niño en los primeros años de la vida. Estas relaciones son el modelo arcaico conforma al cual se modela toda la ulterior experiencia del mundo. Se empezó a hablar de "la madre como destino", de cómo en una relación patológica madre-niño la madre "abusa del niño utilizándolo para satisfacer sus necesidades afectivas inconscientes". Comienza a formarse en la literatura el concepto de "madre perversa", "madre esquizofrenógena", que de forma inconsciente va preparando el terreno propicio para la eclosión o brote más tarde de una esquizofrenia. Otros autores advirtieron que había que evitar, en estos casos, todo juicio de valor, ya que estas madres quieren a sus hijos incluso con exceso, el problema está en que emplean el amor al hijo para satisfacer

inconscientemente necesidades y deficiencias de su pasado infantil, cosa que ellas mismas ignoran.

En su obra póstuma *Das Kind* (Zürich, 1963), Erich Neumann (1905-1960), psicólogo israelí, discípulo de Karl Gustav Jung, representante de la escuela evolutiva en psicología analítica, redescubre la importancia de las primeras relaciones constitutivas (*Urbeziehung*), la relación primigenia entre la madre y el niño y su trascendencia en el futuro ser humano. Neumann parte de la idea del biólogo y antropólogo Adolf Portmann (1897-1982) el ser humano es un ser prematuro que recorre, tras su nacimiento, un periodo embrionario post-uterino ("periodo del útero social"). Un periodo en el que predomina la *Urbeziehung*, la relación primigenia con la madre, "el arquetipo matriarcal" (Neumann). En esta relación primigenia no se trata de una relación con un objeto. Neumann estudia la rica iconografía que en las más diversas culturas y civilizaciones se ha dedicado a la "Gran Madre" como arquetipo primordial. La madre es el complemento tutelar que sirve de amparo a la invalidez y prematureidad del ser humano.

«Y como tal amparo puede ir teñido de aspectos benignos y malignos; como la invalidez y prematureidad del hombre le ponen a merced de las fantasías de la madre y de los prejuicios de la cultura en que nace, forzosamente este *arquetipo maternal* ha de estar violentamente teñido de dos colores opuestos: blanco y negro. La Gran Madre ha de presentarse en las creaciones de la fantasía humana, manifiestas en sus mitos, en sus leyendas, en forma de Madre terrible y de Madre protectora. La Gran Madre aparece en los mitos como vientre, como corazón, boca, como cueva protectora o tenebrosa, como infierno, como nido, lecho, cuna; como escudo, como abrigo. "Escudo protector" es una imagen empleada con frecuencia por los psicoanalistas ortodoxos al hablar de la unidad madre-niño. Pero también vuelve a reaparecer como cáliz, como Grial, fuente, bebedizo, fruto, retorta donde se verifica la transformación alquímica, como agua de la vida, como sabiduría, como luna, cielo, etc., en los símbolos de todos los pueblos y culturas.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 34]

Fue un error terrible de la época moderna estar en la creencia de que el ser primario del hombre consiste en pensar, que su relación primaria con las cosas es una relación intelectual. Este error se llama "idealismo". El pensamiento no es el ser del hombre, el hombre no consiste en pensamiento; este es solo un instrumento, una facultad que posee, ni más ni menos que posee un cuerpo. Su ser es un gran quehacer, y no una cosa que esté ahí ya dada, como está dado el cuerpo y está dado el mecanismo mental. Sin embargo, pensar es lo primero que el hombre hace como reacción a la dimensión fundamental de su vida, que es tener que habérselas con su contorno.

Mas como este no se reduce a las cosas materiales en nuestro derredor, sino también a la sociedad humana en que hemos caído, resulta que cada hombre encuentra formando parte de su circunstancia el sistema de creencias, la concepción o interpretación del mundo vigente a la sazón en aquella sociedad. Dejándose penetrar de ella o combatiéndola y oponiéndole otra original, **el hombre no tiene más remedio que contar con las creencias de su tiempo, y esta dimensión de su circunstancia es lo que hace del hombre un ente esencialmente histórico**, o, dicho en otra forma, el hombre no es nunca un primer hombre, sino siempre un sucesor, un heredero, un hijo del pasado humano. Le toca siempre vivir en un instante determinado de un proceso anterior a él, o, dicho en otra forma, se ve obligado a entrar en escena en un preciso momento del amplísimo drama humano que llamamos "historia".» [Ortega y Gasset, José: "En torno a Galileo" (1933). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. V, 1964, p. 123-124]

EL IMPULSO DIATRÓFICO

Impulso tutelar o tendencia a amparar al débil, a ayudar o a proteger, posponiendo las necesidades propias para atender a las necesidades del otro. El término fue introducido en la psicología por René A. Spitz, tomado del griego *diatrofos* que significa apoyar, sostener, y es una de las vertientes que tiene en el hombre y en la mujer la sexualidad, que no es reducible a la función de la procreación. El impulso diatrófico tiene que ver con las hormonas del cuidado de la prole, sin las cuales la vida sobre la tierra se extinguiría, aunque el acto de reproducción estuviera perfectamente garantizado.

«La sexualidad, además de la procreación, ofrece una *vertiente anaclítica*, constituida por la necesidad de apoyo que tiene todo ser, tanto más cuanto más desvalido nace, y la *vertiente diatrófica*, es decir, el impulso a cuidar de otro, a protegerle y a ayudarle. Antes que ningún antropólogo moderno fue un gran poeta, Rilke, quien expresó esta profunda verdad de la existencia humana: ... *was uns schließlich birgt, ist unser schutzlossein* - ... lo que en último término nos cobija es nuestro propio desamparo".» [Rof Carballo, Juan: *Medicina y actividad creadora*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, p. 259]

La tendencia o impulso diatrófico culmina en el amor de entrega, en el *agapé* del mundo cristiano, término utilizado algunas veces en conjunción con *eros*, para contrastar el amor altruista (*caritas*) con el amor sensual (*eros*).

AMOR DIATRÓFICO Y AMOR ERÓTICO O SEXUAL

Ver *El hombre como encuentro*, pp. 235 ss. y 339 ss.

LA URDIMBRE CONSTITUTIVA Y EL INSTINTO TUTELAR

«Para que fuera posible que el hombre se hubiera desarrollado en sentido de disponer de un periodo cada vez más prolongado de crecimiento y de posible aprendizaje, ha tenido que ocurrir paralelamente un hecho no bien valorado por los biólogos: el desarrollo progresivo y paralelo de una tendencia protectora diatrófica en los progenitores, es decir, el desarrollo de un ciudadano de la prole. El cual comienza a ser ya muy activo, por ejemplo, en las aves, pero en los mamíferos y sobre todo en el hombre alcanza un grado de desarrollo muy perfeccionado y complejo.

Si el hombre puede programar su cerebro, es decir, si puede continuar *incorporando ambiente* en ese proceso que yo he denominado "urdimbre constitutiva" es porque en el momento de nacer sobre su cuna se han dado cita dos gigantescos y originalísimos procesos evolutivos: la inmadurez progresiva del género humano, el desarrollo del hombre como ser de máxima invalidez y, por otro lado, un poderoso impulso diatrófico tutelar.

No deja esto de tener graves inconvenientes para el futuro de ese ser que es el hombre. Como con acierto subraya el profesor de Anatomía Young, mucho de los grandes peligros que el hombre corre en su vida surgen de las dificultades en el ajuste al ambiente y a los demás de un individuo que madura con tanta lentitud. Sufrimos en forma de neurosis y enfermedades psicosomáticas de frustraciones, de trastornos producidos por un retraso tan considerable en alcanzar la edad adulta y el hecho grandioso de nuestra lenta programación como seres vivos trae consigo el inmenso riesgo de que esta programación deje huellas perturbadoras en nuestras estructuras nerviosas que luego se traducen por enfermedad.

En segundo término, ese impulso tutelar gracias al cual el hombre subsiste, fácilmente se adultera y, como ya supieron señalar Freud y los primeros psicoanalistas, inmediatamente se transforma, bajo el disfraz de impulso materno o paterno, en la compensación en los padres de viejos conflictos inconscientes considerando al hijo como instrumento u objeto en el que realizar viejas insatisfacciones. El llamado "narcisismo primario" de los padres o en la mujer el "complejo de castración" forman con muchísima frecuencia tan estrecha amalgama con el impulso tutelar que hasta los más sabios psicoanalistas no aciertan a diferenciarlos bien.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 207-208]

INSTINTO Y JUEGO

«El famoso ejemplo de Sultán, el mono de Köhler, es aún más aleccionador. Sultán tiene en la jaula dos cañas de bambú y un plátano, situado en forma que no puede cogerlo. Intenta hacerlo con un solo bambú hasta que se le ocurre empalmarlo y alcanzar el plátano. Las cañas se sueltan, pero Sultán se complace en el juego de volverlas a unir y, de pronto, descubre que *este juego le divierte y lo repite*.

La caña de bambú deja de ser "una longitud" para mostrar otras características: su consistencia, su rugosidad, sus cavidades. La "meta" deja de ser una finalidad instintiva, puesto que, *una vez satisfecha*, el animal

sigue con ganas de jugar. El animal ya no "pesca" para alcanzar un botín, sino que *desea* un "botín", una presa para pescarla. Esto es, el "objetivo", en lugar de finalidad instintiva, de *meta del instinto*, se convierte en "juguete", o sea, en *motivo* para desplegar una serie de "fragmentos de conducta", variándolos, alternándolos, cambiándolos en forma caprichosa y "nueva". A la conducta ya congénitamente fijada del "instinto" ha sucedido otra en la que aparece la "invención", "la novedad". En cierto modo un atisbo ya de "creación". Si la satisfacción del instinto era placentera, *no lo es menos el juego*. El cual, por definición, *es gratuito*, no se acompaña de remuneración, de gratificación. Antes al contrario. En él vamos a observar, a mi entender, *tres funciones* características:

- 1) *Fruición de la dificultad*. El fox-terrier se complace en buscar la piedra, tanto más cuando más difícil es hacerlo.
- 2) *Fruición de la repetición*. El juego se repite casi incansablemente, aun cuando no proporcione satisfacción ni alimenticia ni sexual.
- 3) *Fruición de la novedad*. Las *variaciones del campo*, la intervención de "lo nuevo" (dentro de unas *reglas de juego*), es requisito primordial del jugar.

Es curioso que el placer del juego, placer autónomo, *primario* no haya sido atendido por el psicoanálisis y cuando se ha tratado de explicarlo es en función de un ejercicio de la fantasía que vendría a vicariar o sustituir *insatisfacciones instintivas*. El juego, en los animales y en el hombre, es un proceso de importancia biológica absolutamente cardinal. Si observamos el tiempo que un cachorrillo consagra a jugar, vemos que es mucho mayor que el que destina a satisfacer su apetito. Los animales y el hombre emplean más energía y tiempo en satisfacer su *necesidad de juego* que su *necesidad de alimento* o su *necesidad sexual*, o sus *necesidades agresivas*. [...]

El juego es factor importantísimo en el proceso de "socialización". En los primeros tiempos el niño o el animal joven evitan los estímulos nuevos. Poco a poco, mediante el juego, se produce lo contrario: el animal joven y el niño *buscan activamente nuevos estímulos*.

En el psicoanálisis post-kleiniano esto ha encontrado una brillante formulación al ser rectificada por Ronald Fairbairn la clásica frase: *la libido busca placer por: el sí-mismo busca objetos*, que es lo mismo que decir que busca estímulos, o "mundos", nuevos universos. Y, en correlación con ello, focalizar y desfocalizar sistemas neurológicos, poniéndolos en ejercicio, para gozar de la fruición triple: de la *dificultad*, de la *repetición* y de la *novedad*.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 115 ss.]

EL JUEGO Y LA URDIMBRE CONSTITUTIVA

«El juego entre animales jóvenes es la actividad en que se enlazan con máxima armonía la violencia inhibida y la ternura. En forma tal que no es posible diferenciarlas. Otra cosa sucede en el juego en el hombre, el cual

tiene como característica esencial la de "estar sujeto a normas o reglas". Hay, pues, un juego "libre", el típico de los animales, y otro sometido a normas. En el primero, la única norma tácita es la inhibición de la agresividad, el ejercicio de la destreza, la conversión de la violencia en ternura y de la ternura en aparente violencia, en *violencia inhibida*. El juego, por otro lado, parece no servir para nada, no tiene ninguna utilidad, es el prototipo de los actos "gratuitos". Si nos fijamos bien es *como una urdimbre*. En efecto, todo en él es transaccional; se está constantemente respondiendo con iniciativas que, a su vez, son respondidas. Los dos cachorrillos que juegan forman, en realidad, un nuevo ser único, simbiótico, una "unidad jugante", una *unidad lúdica*, una simbiosis tierno agresiva. Es evidente que ello es fuente de vivísimo goce. Hay en el juego una fruición de la inhibición de la violencia, de su conversión en ternura. El juego libre parece gozar de la innovación constante, de la infinita variedad de las situaciones, de iniciativas. En cambio, en lo que el hombre llama "juego" lo primero que se hace es *fijar normas*. La innovación, el "arte" del juego, han de ejercerse desde unos supuestos rígidos, desde unas normas.

En el juego, como en la urdimbre, se desarrolla y despliega una libertad a partir de "un cierto aprisionamiento". En el mundo animal es un entrelazamiento prieto de violencia y de ternura. Pero en el hombre lo es de normas aprisionadoras y de libertad. El juego es la primera urdimbre que, después de la materna, se inventa el ser vivo. Para jugar, el animal *ha de estar protegido*. Acaso el juego sea la "encarnación" en todo su dinamismo de la esencia más secreta de la urdimbre. Puesto que, además de haber en él intrincada relación transaccional, cuasi simbiótica, de violencia y de ternura, de limitación y de libertad, de él se desgaja, como de la urdimbre, al menos en el mundo animal, algo prospectivo, que promueve el desarrollo de una mayor integración del sistema nervioso. [...]

En el juego creamos un mundo aparte dentro del amplio mundo de los demás, al que adscribimos nuestras "reglas de juego", nuestras normas. Placer de aislarse, ya desde la infancia en un mundo "dictado" por nosotros, organizado y creado por nosotros, isla de sueño dentro del mundo de los otros, protesta en cierto modo contra la imposición de la realidad. [...] La destreza proporciona el supremo placer de coordinar con eficacia nuestras inhibiciones, de adiestrarse en ellas. [...]

En la tutela materna la madre juega con el niño y el niño con la madre. La urdimbre constitutiva adopta con suma frecuencia el aspecto de "un juego". Y acaso es esta reactivación de la primigenia urdimbre, que ha permitido el alumbramiento de la inteligencia, lo que hace que, de pronto, el paciente que ve que su agresividad no ha sido respondida ni castigada, sino que ha encontrado una amorosa acogida, ahora "descubre" por primera vez y se abre en él una inteligencia de sus profundas motivaciones.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 308 ss.]

EL JUEGO Y LOS FENÓMENOS TRANSICIONALES

«Los objetos transicionales entran dentro del reinado de la ilusión, el cual es el fundamento sobre el que se inicia toda experiencia. Hay en eso que se ha llamado "objeto transicional" (D. W. Winnicott) una evolución que le hace pasar de juguete, de objeto que consuela de la ausencia de la madre, a *manifestación cultural de inmensa trascendencia*. Me refiero a esas realidades que con harta frecuencia el hombre de ciencia o el utopista dejan de lado y que se llaman juego, amor, arte...

"Cuando somos testigos del empleo por un niño de un objeto transicional, de la primera posesión que no soy yo mismo, somos al mismo tiempo testigos del primer empleo de un símbolo y también de la primera experiencia de un juego" (Winnicott).

"La enorme importancia de esta observación se pone de manifiesto desde el momento en que recordemos que "cultura" está constituida por entero sobre los resultados, durante siglo y siglos, de los esfuerzos hechos por el hombre para llegar a un "expresión simbólica" de la plenitud de su vivir personal. (

Cultura es simbolismo, la expresión simbólica de lo que es personalmente significativo, en contraste con la ciencia que es impersonal, neutra, descripción no emocional de los hechos materiales que tienen valor utilitario, no personal. De lo que se desprende que "cultura", todas las artes y religiones de la humanidad son "juego". Esto no significa trivializar la cultura sino revelar la enorme significación que tiene el "juego" en el comienzo de la vida" (Guntrip).

El juego permite al animal o al niño ir conociendo sus límites, los límites de su persona, de sus fuerzas. Hace aprendizaje de su propio cuerpo y de sus posibilidades. El juego nos permite asistir, dentro del mundo animal, al nacimiento de ese componente del alma humana sin el cual no entenderíamos nada de lo que es "cultura" y que denominamos *fantasía*. La fantasía, como el juego, nace de la puesta en actividad de los *instintos parciales*, de los fragmentos instintivos en articulación libérrima, frutiva y exploratoria de las relaciones interpersonales.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 121-123].

EL JUEGO Y LA FANTASÍA

«En su trabajo sobre "La naturaleza y función de la fantasía" (1952), la psicoanalista kleiniana Susana Isaacs llama la atención sobre la gran amplitud que alcanza el término "fantasía" a partir de la necesidad de comprender la vida psíquica en los primeros años de la vida. La mayor parte del conocimiento psicoanalítico se hace *por inferencia*.

Así en la famosísima observación de Freud sobre el juego de un niño de dieciocho meses de edad, normal y educado normalmente, aunque no había sido amamantado por su madre. Este niño tenía la costumbre de esconderse debajo de la cama o escaparse a un rincón del cuarto, escondiendo allí todos sus juguetes. Todo esto acompañado de una expresión de satisfacción y de contento que se manifestaba con la emisión de un sonido "o-o-oh" que, en juicio de los mayores quería decir "iros". Todo ello era un juego; el niño

jugaba a "haberse marchado", el juego de la separación, de desvinculamiento. Un día tiró un carrito con un cordel enrollado, con gran habilidad que le permitía después recuperarlo. Al hacerlo gritaba con alegría "¡Aquí!". Freud interpreta el juego con la fantasía de perder la madre y de recuperarla, es decir con lo que hoy llamaríamos la fase de "desvinculación" o de separación de la urdimbre, que *forma parte intrínseca* de este concepto de urdimbre, entendido no como un hecho estable quieto, que no se mueve en el tiempo, sino como una realidad *en el tiempo* y que, por tanto, supone a la vez vínculo, asimiento a la madre y despego de ella. Freud confirma su hipótesis de *una fantasía infantil* al ver que el niño repite las mismas manifestaciones expresivas cuando la madre se marcha durante algunas horas. Entonces descubre su propia imagen en un espejo y con ello la manera de jugar él mismo a desaparecer y reaparecer. Esto le proporciona la delicia de poder controlar su propia aparición y desaparición en el espejo, es decir, de dominar la pérdida del vínculo cardinal, de superar la ruptura de la urdimbre.

La fantasía es algo que está constantemente en actividad en la mente del sujeto más normal, no solo el neurótico. Freud se vio forzado a aceptar la existencia de esta "realidad psíquica". La experiencia le hizo perder la confianza en que lo que el enfermo comunica sea siempre *comprobable*, esto es *real*. Freud reconoce en la "realidad psíquica" una forma especial de existencia que no debe confundirse con la realidad mental. Para Susana Isaacs, la fantasía es ante todo el correlato mental, la representación psíquica del instinto: "No hay pulsión ni respuesta instintiva que no sea experimentada por el sujeto como fantasía inconsciente... Una fantasía representa el contenido particular de urgencias o de sentimientos dominando la mente en un momento determinado... El mundo de la fantasía ostenta los mismos cambios protéticos y caleidoscópicos que el contenido de los sueños. En parte estos cambios sobrevienen como respuesta a los estímulos exteriores y en parte como el resultado del juego de las pulsiones primarias mismas".

Fantasía y juego, en su relación con la fragmentación regresiva del mundo instintivo, son una misma cosa. Hay una fruición, un placer de jugar, incluso con esfuerzo, frente a la dificultad, como hay un placer en el ejercicio de la fantasía. Existe una estructura básica entre fenómenos tan dispares como instinto, juego, fantasía, creación. Todos ellos dan lugar a satisfacción cuando se permite su despliegue; todos suponen el empleo al azar, *libremente* de fragmentos de secuencias que llamamos "instintivas" para indicar que son congénitas o están arraigadamente establecidas en el sistema nervioso.

Los fantasmas forman parte constitutiva de toda conducta normal. Ciertos hábitos arraigados de nuestra conducta, y que se traducen en la manera de saludar, dar la mano, de escribir y hasta en la misma expresión facial o en nuestro continente y postura, derivan de estos primeros "fantasmas". [...]

El recién nacido no solo suscita la ternura, sino también, con automática fuerza, en las personas que le rodean, el deseo de "transmitirle" las propias,

profundísimas "pautas de convivencia". Esto es, los propios "fantasmas". Fantasmas, a su vez, *transmitidos*, grabados en lo más profundo de nuestro ser y que ahora, ante el estímulo que constituye la *existencia* del ser recién nacido, resucitan vigorosos, tratando de perpetuarse... "el hombre está hecho de la substancia de los sueños de los demás". Estamos, en efecto, constituidos por los "fantasmas" *que los otros nos transmiten.*» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1972, p. 125-129].

SEXUALIDAD PROCREATIVA E IMPULSO DIATRÓFICO

Hay dos formas de herencia y dos formas de sexualidad. La sexualidad es, tal como afirmaba Freud, la *clave* central de toda la vida. Pero no solo hay una sexualidad, la *procreativa*, que satisface un instinto, el de la reproducción de la especie. Tan importante o más que ella es la segunda sexualidad, la sexualidad *diatrófica*, la tutelar, la que se manifiesta no por el impulso libidinal a obtener el placer sexual sino por el impulso a proteger al ser inmadura, al *tierno* infante que nace desprovisto de toda defensa y que, por ser tierno, incompleto, suscita en nosotros con la misma fuerza que la del sexo o quizás con fuerza aún mayor que esta, la *ternura*. Hay dos sexualidades: la diatrófica y la procreativa. Ninguna es privativa del hombre o de la mujer. Ambos *poseen las dos*, que van inextricablemente unidas.

El *impulso diatrófico* (derivado del verbo griego τρέφω 'alimentar', 'criar') culmina con el amor de entrega, en el *ágape* del mundo cristiano. El *ágape* (del latín tardío *agāpe*, y este del griego ἀγάπη, 'afecto, amor', del verbo ἀγαπάω agapáo, 'amar', 'acoger con cariño').

«Es importante en todo erotismo la distribución respectiva de los dos impulsos fundamentales: el impulso diatrófico y el impulso sexual. Sin ellos la especie humana no hubiera podido surgir ni propagarse. Con solo el apetito genésico no se hubiera conseguido ni que el hombre se destacara de los homínidos ni que la raza humana perviviera. Ya que el hombre es, por esencia, el animal nacido prematuramente, y que por lo cual necesita de la tutela diatrófica, es decir, sexual, merced a la que se le inoculara historia en su cerebro inmadurísimo.

Cuando el erotismo queda reducido a puro apetito sexual –por ejemplo, en la prostitución–, inmediatamente surge, como compensación, como equilibrio, un desarrollo, también independiente y dissociado, de la sexualidad diatrófica. Así la moza de partido compensa su entrega impersonal y mercenaria al placer del hombre con el afecto casi maternal al "chulo" que protege. Una polarización excesiva del erotismo en la genésico promueve automáticamente la polarización compensadora. [...]

También en el amor "casto", tal como Miguel de Unamuno lo entiende, lo diatrófico acaba dominando sobre lo sensual. Es la mejor forma de eternizar el amor, de convertirlo en perdurable, por encima de todas las tempestades de la sensualidad. Una vez procreados los hijos pasa la mujer a ser madre

de todos, incluso del marido. Una de las medidas más defensivas del hombre frente a las sirtes engañosas y llenas de riesgos del amor es el aniñamiento de la mujer. Convertir al cónyuge en niña. Pero también funciona con eficacia el proceso opuesto: el aniñamiento del hombre, el convertirse el hombre, sin dejar por eso de ser muy hombre, "nada menos que todo un hombre", como se sentía a sí mismo –y era, en efecto– el "hombre Unamuno", en niño que es brezado por la esposa-madre.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 235 ss.]

NEUROENDOCRINOLOGÍA DE LA SEXUALIDAD

«El código genético, con sus cromosomas sexuales XY en el macho y XX en la hembra, solo determinan la diferenciación en testes o en ovario. La diferenciación ulterior corre a cargo de las hormonas producidas por estos órganos. Si el embrión es macho (XY), los testes se diferencian *antes* que los ovarios en un embrión hembra (XX).

Es la *ausencia de andrógenos*, de hormonas masculinas y no la presencia de hormonas femeninas lo que determina la producción de los órganos sexuales femeninos. Como dice Money y Erhard: "Añadid un andrógeno y obtendréis un macho". Pero *lo contrario no es cierto*. Si no se añade nada, resulta una hembra. Esto quiere decir que la disposición primaria, básica, de la naturaleza es a producir hembras. Si faltan andrógenos, el feto será femenino; si faltan hormonas femeninas, en cambio, no se produce ninguna alteración. [...] El ser vivo es, primariamente, femenino y ser macho es algo que *se añade* por la acción hormonal.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 243 ss.]

DESACRALIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD

«Las más viejas civilizaciones supieron siempre que la sexualidad tenía carácter *sacral*, es decir, que aludía a un misterio y que, por tanto, movía a veneración. Las grandes culturas primitivas han rendido culto a la Gran Madre, la cual, a la vez, era virgen y prostituta. La palabra que en sánscrito indica "mujer independiente" es sinónima de mujer pública. La mujer que no tiene vínculo con el hombre, en la antigüedad clásica, está siempre rodeada de un halo sagrado (Erich Neumann). Las diosas de la fertilidad, las amazonas, están más allá de la sexualidad: por eso pueden ser vírgenes y hetairas. Pertenecen al reinado de lo comunitario, no al hombre individual. [...]

En nuestra época la sexualidad sufre la peligrosa embestida de un proceso de *desacralización*. Todo es reducido a "mecanismos", mecanismos de la libido, mecanismos del orgasmo femenino. [...] Hoy los psicoterapeutas y psicoanalistas han aprendido, tras la experiencia del libertinaje erótico, que el acto sexual sin "relación diatrófica", esto es, "apersonalizado", tiene un terrible carácter traumatizante. [...]

La "sexualidad", con todo su complejo endocrino, *determina* al hombre, es *una de las raíces más decisivas en el destino de la humanidad*. [...] La

armonía, tan difícil de conseguir, entre sexualidad diatrófica y sexualidad procreatriz, no es importante tan solo para lo que ahora llamamos con eufemismo un tanto ridículo, "buen ajuste sexual", ni siquiera para la buena armonía de la pareja humana, sino que tiene inmensas consecuencias en la estructura social; está en la raíz de agresividades latentes de enorme virulencia.» [Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 499 ss.]

CASUÍSTICA

La realidad de un hombre no está hecha tanto de lo que acierte a ver como de aquello que se le escapa. [Juan Rof Carballo]

Los poetas se mueven siempre dentro de un repertorio determinado de metáforas, de fantasías y de imágenes. Estas metáforas reiterativas constituyen, según Charles Maurón, el "mito personal" de cada creador, que, según Rof Carballo, "no es otra cosa que la persistencia en la obra del hombre adulto de la urdimbre constitutiva de la infancia, filtrada a través de sus ulteriores vicisitudes". La creación artística implica siempre una integración de componentes de la psique y de su percepción del mundo cuyo primer paradigma se encuentra, justamente, en la infancia.

Casos de carencia materna:

René Descartes (1596–1650)

René Descartes, también llamado Renatus Cartesius, filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la filosofía moderna, sentó las bases para el racionalismo moderno en el siglo XVII.

«Descartes, niño que pierde su madre al poco tiempo de nacer, que viaja incesantemente, como suele ocurrir con el ser huérfano, en busca de amparo materno, acaba creyendo que lo va a encontrar en Cristina de Suecia, su protectora. La cual es un marimacho. Más rápida a caballo y con las armas que sus mejores caballeros, somete al filósofo a un régimen cruel. Le hace despertarse temprano, a él, que tanta necesidad tiene de sueño; comer mal; no le deja tiempo para sus meditaciones. Es, como dice Stern, la Anti-madre pues le quita todo lo que la madre da: calor afectivo, alimento, sueño, y, sobre todo, tiempo. Descartes muere, a los cinco años de su llevada a la corte de Suecia, agotado, a los 54 años, relativamente joven sobre todo si se le compara con Goethe.

De él nace la fisura, la escisión entre la mente y cuerpo que todavía llega hasta nuestros días, con el dualismo clásico entre *res extensa* y *res cogitans*. Tras su filosofía hay una negación de la carne, una defensa contra la angustia, una disociación de la unidad del hombre. En él adquiere fuerza filosófica de enorme amplitud histórica el aislamiento del intelectual, que se aleja de todo lo que es emocional, de lo que puede significar pasión, al parecer por desdén, pero en el fondo por miedo.

Cierto, Descartes escribe un *Tratado de las pasiones del alma*, dedicado a la Reina, que es como un tragaluz en su vida íntimamente dissociada. Pero que no basta.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 368]

Gérard de Nerval (1808–1855)

Gérard de Nerval era el seudónimo literario del poeta, ensayista y traductor francés Gérard Labrunie, el más esencialmente romántico de los poetas franceses. La muerte de su madre, Marie Antoniette Marguerite Laurent, cuando aún era un niño, marcó no solo su vida sino también su obra. Marie murió de meningitis en Silesia cuando acompañaba a su marido Etienne, doctor al servicio de la Grande Armée. Gérard fue educado por su tío abuelo en la campiña de Valois hasta 1814, cuando fue enviado a París.

«Tenemos dos episodios cardinales de la infancia de Nerval: uno en Italia, un paseo que hace el poeta subiendo el Pausilippe, por encima de una gruta, en tanto contempla cómo los pámpanos de las vides se ofrecen a la mordedura fresca de unos dientes de mujer. Entretanto, se ha producido un fenómeno extraño; el aire se ha llenado de un polvillo cálido y azufrado que casi impide respirar. Otra imagen obsesiva, que aparece muchas veces en sus poemas es la *rosa del corazón violeta*. Otra, el llamado "episodio de Marsella", en que una esposa juvenil abandona a su marido, demasiado viejo, por el amor de un hombre de su misma edad. A lo largo de la obra de Nerval, desde las seis famosísimos sonetos de *Quimeras* hasta las narraciones del *Viaje a Oriente*, el contenido de estas vivencias y metáforas, llenas de profundo simbolismo subconsciente, se repiten de forma obsesiva.

Gerardo de Nerval pierde la madre, ya desde sus primeros años. Pero antes de perderla, a los pocos días de nacer (mayo de 1808) fue confiado a una nodriza. El 8 de junio del mismo año es nombrado su padre médico adjunto de la "Grande Armée", y en diciembre se incorpora al ejército en el Rin. Año y medio más tarde la madre muere, es enterrada en Silesia y tarda mucho tiempo en saberse algo del padre. Probablemente Nerval ha sufrido de carencia materna total, de urdimbre deficitaria y esto explica su obra como un esfuerzo gigantesco para defenderse de una locura que determina frecuentes reclusiones en nosocomios y, por último, su suicidio en el callejón del Farol Viejo, en París.

Uno de los atractivos de sus obras es la red de figuras femeninas que se nos presentan como "nebulosa maternal, fluida, polícroma, pero de innegable coherencia y cuya fuerza de cohesión radica precisamente en esta incapacidad del pensamiento arcaico para distinguir con nitidez las diversas variedades del amor; una voluntad sorda de referirlos a un denominador único, el contacto maternal" (Charles Maurón).

Toda la vida del poeta: sus viajes, sus fantasías, sus relatos, sus poemas, la traducción magnífica del *Fausto* de Goethe, las figuras a las que da vida, no son más que el esfuerzo por restablecer aquella primigenia urdimbre cuya ausencia le pone constantemente al borde de la locura, le hace caer en ella.

Frente a una multicroma variedad de imágenes femeninas: diosa, santa, virgen, hada, sacerdotisa, sirena, musa, amazona, estrella, alba, templo, castillo, arca, tierra, gruta, cementerio, mística, magia, destaca Maurón la pobreza de imágenes masculinas; emperador, príncipe, tirano, sol, negro, cataclismo, volcán, Norte, Aquitania, cojitranco. Parece que, en efecto, el padre de Nerval, que se ocupaba de él poquísimos, sufría de un defecto en el pie.

Beguín y Richer, nos recuerdan, en el prólogo a la edición de *La Pléyade*, las cartas infantiles que escribía Nerval a su padre "en un tono que es más bien el de un hijo hablando a su madre". Pese a todas sus defensas, Nerval acaba suicidándose, signo de que todo su esfuerzo no había bastado para sustituir esa función de *confianza básica* en la bondad y en la armonía de la vida, que solo es conferida por una tutela verdaderamente amorosa en la fase de la urdimbre primigenia.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 42-45]

Rosalía de Castro (1837-1885)

Rosalía de Castro, escritora española en lenguas castellana y gallega, pertenecía por línea materna a una familia noble: Su adolescencia estuvo dominada por una profunda crisis debida al descubrimiento de su condición de hija ilegítima de un sacerdote, y por una delicada salud, que jamás mejoró. Su partida de nacimiento dice: "hija de padres incógnitos".

La infancia de Rosalía fue triste, sin el cariño de los padres, pues se crio con una tía paterna. Su nacimiento tiene la explicación en que su padre, José Martínez Viojo, era un clérigo de la colegiata de Santa María de Iria Flavia. Esta circunstancia hizo que no la reconociera como hija. Su madre, María Teresa de Castro y Abadía, provenía de una familia hidalga venida a menos. Fue registrada como hija de padres desconocidos y se libró de entrar en la Inclusa al hacerse cargo de ella su madrina María Francisca Martínez, fiel sirviente de la madre de la recién nacida y dos hermanas del clérigo y padre. La pequeña Rosalía vivió con ellas en la aldea de Ortoño, a las afueras de Santiago, hasta que hacia 1842 se instaló con su madre en Padrón. No se conoce con exactitud la fecha en que la madre de Rosalía decide hacerse cargo de ella, se sabe que en torno al año 1850 la joven se traslada a la ciudad de Santiago de Compostela donde vivió junto a esta, aunque ya había convivido con anterioridad con ella en Padrón.

En la obra poética de Rosalía, es constante y predominante el sentimiento de la saudade (soledad, nostalgia, añoranza) y una visión desolada del mundo y de la vida, un sentimiento misterioso e inefable de soledad sin relación con algo concreto, que está vinculado a la radical orfandad del ser humano. Esta tara existencial que Rosalía analiza desde su propia vivencia, se percibe como el hallazgo final de un proceso en el que la desgracia va marcando su vida por medio del sufrimiento y del dolor. Ante esta situación, la única solución es la huida o pérdida absoluta de la conciencia: *Me quiero ir, me quiero ir, para dónde no lo sé*.

Toda la visión desolada de la vida se intensifica con la angustia existencial que se deriva de la omnipresencia de un fantasma que atenaza su vida y que se manifiesta de forma especial en el símbolo oscuro, vago y polisémico del poema *La negra sombra*:

*Cuando pienso que te fuiste,
negra sombra que me asombras,
a los pies de mis cabezales,
tornas haciéndome mofa.*

*Cuando imagino que te has ido,
en el mismo sol te me muestras,
y eres la estrella que brilla,
y eres el viento que zumba.*

*Si cantan, eres tú que cantas,
si lloran, eres tú que lloras,
y eres el murmullo del río
y eres la noche y eres la aurora.*

*En todo estás y tú eres todo,
para mí y en mí misma moras,
ni me abandonarás nunca,
sombra que siempre me asombras.*

«Sobre nuestra Rosalía, recién nacida, el rostro maternal solo demoró muy breve tiempo. Nuestra gran poetisa era una niña abandonada o semiabandonada. Otras sonrisas que no fueron las maternas modelaron el desarrollo de esos sectores de su ser de los que depende el contacto emocional con el mundo en torno. Rosalía estaba pues destinada a convertirse, como Goldmund, como el Crisóstomo de Hermann Hesse, en un vagabundo. La impresión más justa con la que puede resumirse la totalidad, el conjunto de sus poesías es esta: Son un gran vagabundaje, un merodeo en busca del rostro maternal, en busca de esta insaciada imagen arquetípica de la Madre. Vagabundeo por sus versos; va de un lado para otro buscando no sabe qué. El vagabundo no lo es porque ande, sino porque no sabe lo que busca.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 205-206]

La infancia de Xavier Zubiri Apalátegui (1898–1983)

«A las tres de la madrugada doña Pilar da a luz un niño frágil y enclenque.

–Si muere, no lo sientan mucho, pues si vive, a ser tonto. Preocúpese de su esposa –murmura el doctor a su cliente.

El niño da sus primeros pasos vigilado de cerca por un aya [niñera] que solo sabe hablar euskera.

Xavier pasa su infancia en el corazón palpitante de esta ciudad [San Sebastián], entre un mundo exterior presuntuoso y algo fatuo y un mundo familiar de ideas tradicionalistas.

El temor de los padres a perder a su hijo o a que sea disminuido hace que Xavier sea un niño sobreprotegido y, al mismo tiempo, que esté sometido a una gran exigencia. Los miedos paternos y el afecto concedido a cambio de un esfuerzo desmesurado van a forjar un carácter marcadamente hipocondriaco, escrupuloso y tenaz. Zubiri se sentirá obligado a hacer un gran esfuerzo para demostrar lo que vale. Siempre le va a resultar difícil expresar sus pensamientos más íntimos y personales, y su fantástica capacidad analítica y especulativa chocará con la impotencia para afirmar sus anhelos más hondos. La prohibición absoluta de toda protesta y la

necesidad de adaptarse a las exigencias sociales le llevarán a una cierta tristeza interior vivida en soledad.

Como el padre pasa el tiempo ocupado en su negocio, la madre, que sufre de malestares frecuentes, es la que impone su voluntad en la familia. Madre autoritaria y dominante, acostumbrada al chantaje afectivo para conseguir lo que quiere, piensa para sus adentros que todos los males son culpa de la falta de cariño y atención de los demás, incluido su propio hijo.

Mujer de misa diaria, implanta el rezo del rosario en su casa y un ambiente sobrio y devoto, con santos, estampillas y devocionarios repartidos por todos los rincones. Temerosa de los cambios y del auge turístico de la ciudad, se refugia cada vez más en la confesión y la práctica católica. [...] Pocas veces ve el pequeño Zubiri reír a su madre, que vive convencida de que la existencia es una inmensa cruz que a duras penas se puede sobrellevar.» [Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid: Taurus Ediciones, 2006, p. 26; 29 ss.]

Casos de carencia paterna o de conflicto con el padre

«Mientras en Gérard de Nerval existe “carencia materna”, lo que va a caracterizar una prolongada línea de escritores que se rebelan contra las normas de la sociedad es la “carencia paterna” en modalidades varias. Problemas contra la figura paternal han existido siempre en los grandes creadores literarios. Tal ocurrió con Samuel Butler (1835-1902), con Fiódor Mijáilovich Dostoyevski (1821-1881), con William Butler Yeats (1865-1939), con James Joyce (1882-1941).

Tenemos en la línea que va de Edgar Allan Poe (1809-1849) y Charles Baudelaire (1821-1867) a Jean Genet (1910-1986), pasando por Jean Paul Sartre (1905-1980), una característica común: la ausencia de la figura paternal se asocia a una violenta hostilidad contra el padre vicariante o padre adoptivo. Esta figura es en Baudelaire el padrastro; en Poe, el padre adoptivo; en Sartre, el abuelo materno que “hace de padre real”, porque también en el caso de Sartre hay una muerte prematura del padre. En Jean Génét el padre es el campesino que le ha sacado de la Asistencia Pública con la idea de adoptarle como hijo, aunque, en realidad, probablemente, como suele ocurrir en estos casos, con la de tener el día de mañana unos brazos con los que seguir cultivando la tierra.

En todos estos casos, la hostilidad a la figura paterna vicariante sirve de raíz a partir de la cual se va desarrollando una agresividad hacia las normas consuetudinarias, hacia el orden burgués, representado por estos padres, agresividad que se manifiesta, de manera especial, en la esfera del dinero y la propiedad. [...]

Lo que hay de común en la urdimbre constitutiva de los escritores que acabo de mencionar es que en todos ellos la madre –la urdimbre– es demasiado inerte, en Genet es inexistente, frente a un padre adoptivo muy superior a él en poder económico, en inteligencia y en experiencia de la vida y, por añadidura, de carácter absorbente y un tanto tiránico. En todos estos poetas

y escritores da la casualidad que el *padre real* ha muerto o desaparecido. El padre vicariante o sustituto adopta frente a esta madre indefensa y un poco pasiva, una cierta desdeñosa superioridad. El hijo vive en su urdimbre la falta de *continuidad* con la tradición, y la falta de *confianza primigenia*. Quedan perturbadas estas dos funciones básicas; pero como el hombre a la fuerza ha de identificarse con una *imago* masculina, ha de buscar un padre, con el cual, de existir, lucharía. La lucha con el padre –uno de los componentes fundamentales del mito de Edipo– es de importancia fundamental en la estructura profunda de toda personalidad. En la situación de nuestros poetas, la lucha y la identificación han de hacerse no solo con una figura masculina a la que en el fondo se menosprecia, sino también con una figura *a la que puede menospreciar*. A menos que la identificación se lleve a cabo también en gran parte con la madre. De esta suerte nace: por un lado, la agresividad violenta contra todo orden tradicional, contra toda vinculación y, de manera especialísima, *contra la paternidad*, contra la figura paterna. Por otro lado, al verse en la precisión de identificarse con la madre, el hombre se *feminiza*, corriendo el albur de la homosexualidad.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española, 1967, p. 46 y 49]

El rey Felipe II y el “problema del padre” (1527-1598)

«Felipe había crecido en un ambiente de admiración mítica a su padre. En sus largas conversaciones de niño con su madre, esta le repetía las hazañas de Carlos por todos los ámbitos de la tierra: que casi toda era suya. Después, la aureola que encontró en torno a Carlos, cuando le conoció, su popularidad, su don de gentes, su poderío, su misma renuncia al poder –lo típico del varón fuerte–, crearon en la mente de Felipe una concepción maravillosa de su progenitor. Pero esta ilimitada admiración es seguro que escondía el resentimiento de su propia incapacidad para igualarle» (Gregorio Marañón).

La tesis de Johannes Cremerius (“Die Reaktionsbildung im Leben Phillips II und ihre Bedeutung für das Schicksal Spaniens”, en *Psyche*, XXII, 118, 1968) es que la vida de Felipe II hay que interpretarla en función de una intensa “formación reactiva”, de mecanismos de defensa, muy poderosos e inconscientes, frente a sentimientos de hostilidad no solo contra su padre, Carlos V, sino contra todo lo que este significa: ímpetu, goce expansivo en el disfrute de la vida, grandeza en la rivalidad caballeresca, conquista de la mujer, afán de poseer, de conquistas, de disfrutar de la existencia. Por otra parte, Don Juan de Austria, el bastardo hijo ilegítimo de Carlos V, “alanceador de toros, jinete intrépido, gran bailarín, de labia rendida con las mujeres, altivo con los hombres”, lo convertían para Felipe II en un héroe incómodo.

«La defensa inconsciente frente a los impulsos mortíferos contra la figura paternal produce, por una parte, una inhibición del desarrollo de la persona, que cada vez se circunscribe más a actuaciones minuciosas, puntillosas, a

una desconfianza sistemática, a una pérdida de toda espontaneidad, a una vacilación incesante –de consecuencias fatales para el destino de España– a una huida de la sexualidad y a una crueldad sádica. Pero lo más importante es que todo ello va acompañado de *inconscientes sentimientos de culpa* de los que no se consigue liberar –por ejemplo, en los últimos años de su vida– ni siquiera con las interminables y repetidas confesiones, que duran semanas y semanas y que no alivian para nada un sentimiento que, por inconsciente, yace fuera del alcance de la acción del sacerdote. En apariencia, Felipe II hace todo lo posible por mantener el imperio que hereda de su padre, pero, en realidad, apoyado por las circunstancias históricas, consigue desbaratarlo» (Rof Carballo).

Por otra parte, tenemos en enmarañado proceso de *Antonio Pérez*. Según observa Marañón (*Antonio Pérez*), "resulta extraordinario que Felipe II hiciera entrega de lo más sagrado para él, después de Dios, el secreto de Estado, a un joven de origen turbio cuyos primeros pasos en la vida le acreditaban de zascandil". Esta singular amistad del rey con su privado fue después seguida de una persecución. Un sentimiento de culpa le induce a destruirse a sí mismo destruyendo a su más íntimo amigo.

«Quizás Antonio Pérez, hombre también galante, derrochador y amigo del buen vivir, representó para Felipe II una figura en la que proyectar un "objeto malo" interior. Se adaptaba muy bien a lo que necesitaba: una figura algo similar a la del padre, en apariencia venerado y, subconscientemente, odiado. Al liberarse de él, se liberaba de su disociación íntima, de la parte "mala" que sentía en su propia persona; esto es, de aquello que, pese a sus múltiples e interminables confesiones, no le podían aliviar los clérigos de su tiempo. Como siempre ocurre, esta "proyección" sobre una figura, a la vez adorada o admirada y detestada, no sirve para desembarazarse del conflicto inconsciente que es tenaz, repetitivo, insaciable.» [Rof Carballo, Juan: *Rebelión y futuro*. Madrid: Taurus, 1970, p. 108]

Edgar Allan Poe (1809-1849)

Edgar Allan Poe fue bautizado en Boston, Massachusetts, y sus padres murieron cuando era niño. Fue recogido por un matrimonio adinerado de Richmond, Virginia, Frances y John Allan, aunque nunca fue adoptado oficialmente. Pasó un curso académico en la Universidad de Virginia y posteriormente se enroló, también por breve tiempo, en el ejército. Sus relaciones con los Allan se rompieron en esa época, debido a las continuas desavenencias con su padrastro, quien a menudo desoyó sus peticiones de ayuda y acabó desheredándolo.

«La estructura primera de la vida de Baudelaire y de Poe, las circunstancias en que se fue tejiendo la urdimbre primaria, fue muy similar. El padre de Poe, comediante sumido en la miseria, alcohólico, abandonó a la madre siendo Poe todavía muy niño. La madre, tuberculosa, no tarde en fallecer y Poe es recogido por unos padres adoptivos. En sucesivas ocasiones, siendo muy niño, Poe se ve obligado a asistir a la agonía; primero de su madre,

después de su madre adoptiva, y entre las dos, de otra mujer que también desempeñó junto a él el papel de figura maternal. La Princesa Bonaparte deriva de estas primeras experiencias infantiles la propensión de Poe de ocuparse de temas macabros, tenebrosos. Para ella Poe es, fundamentalmente, un necrófilo; tiene la fascinación de la muerte.» [Rof Carballo, o. c., p. 49]

Charles Baudelaire (1821-1867)

Charles Pierre Baudelaire fue un poeta, ensayista, crítico de arte y traductor francés. Paul Verlaine lo incluyó entre los poetas malditos de Francia del siglo XIX, debido a su vida bohemia y de excesos, y a la visión del mal que impregna su obra. Barbey d'Aurevilly, periodista y escritor francés, dijo de él que fue «el Dante de una época decadente». Fue el poeta de mayor impacto en el simbolismo francés.

Su padre, Joseph-François Baudelaire, exseminarista, antiguo preceptor, fue también profesor de dibujo, pintor y funcionario jefe del Despacho de la Cámara de los Pares. Cuando nació Charles, su padre tenía la edad de sesenta y dos años, y un hijo, Claude Alphonse, fruto de su primer matrimonio. Su madre, que no llegaba a los treinta años al nacer Baudelaire, era hija de emigrantes franceses a Londres durante la revolución de 1793. Enseñó inglés a su hijo.

Fue criado por la sirvienta de la familia. Se conoce muy poco sobre ella, Mariette, pero se intuye que debió de tener gran peso en la familia. Baudelaire la recuerda en un poema aparecido en *Las flores del mal*. Joseph-François Baudelaire falleció en 1827, cuando Charles tenía apenas cinco años. Su madre cambió de residencia y, a los veinte meses, se casó por conveniencia con un vecino suyo de cuarenta años que llegó a ser general comandante de la plaza fuerte de París. Es probable que fuesen amantes antes de contraer matrimonio. Baudelaire con ello recibió un gran impacto emocional, viviéndolo como un abandono. Nunca llegó a tener buenas relaciones con Aupick, a quien siempre odió.

El padre de Baudelaire amaba tiernamente a su hijo, al que narraba cuentos y al que solía llevar de paseos por el jardín de Luxemburgo. Muere cuando Baudelaire tiene cinco años (el de Sartre cuando este tiene solo dos años). Quedan, tanto Baudelaire como Sartre, en manos de madre jóvenes y tiernas, quizá un poco superficiales e infantiles. Baudelaire tiene una extremada devoción por su madre. Dice la Princesa Bonaparte que los recuerdos de Baudelaire de su madre “parecen, más que los recuerdos de un hijo, las nostalgias de un enamorado”.

Jean Paul Sartre, en su *Baudelaire* habla no solo de la hostilidad al padre adoptivo sino de *horror a la paternidad*. Para Sartre, Baudelaire se complace en una imagen de mujer pura e incorruptible para envilecerla mientras se entrega a una prostituta. Para Rof Carballo, por el contrario, la fidelidad de Baudelaire a una imagen materna fría y frígida responde a su vivencia de la urdimbre primaria, pues era la actitud natural que, en la profundidad de su

subconsciente, tenía que tener una esposa ante su marido cuarenta años mayor que ella.

Marcel Proust (1871–1922)

«La tan cacareada teoría del amor de Proust, la tesis del "être en fuite", es decir, que solo se ama, en realidad, al "ser que huye" no es más que un disfraz de la incapacidad propia para comprender el amor como algo distinto a una "huida". La personalidad liminar o borderline, que en mi experiencia subyace siempre, en forma muy compleja, tras la estructura psicológica del asmático, se caracteriza, lo mismo que en los personajes de *Esperando a Godot* [escrita a finales de los años 1940 por Samuel Beckett], por un anhelo de simbiosis, de fusión con el prójimo, amante o amigo, mezclado indisolublemente con el terror pánico a esta aproximación. Ya que en la fantasía inconsciente tal fusión amorosa sería destructiva. Y es imaginada así porque en la realidad, constituyente de los primeros días de la vida ese fue el anhelo de la madre: mantener eternamente la simbiosis primera, contribuyendo con ello a la destrucción de la raíz viva de la personalidad de su hijo. Tanto el asma como la obra literaria son en Proust los esfuerzos desesperados para librarse de su *fatum*, de su destino. [...]

Proust se mueve constantemente en los umbrales del amor; trata de definir el embrujo de una realidad que por defecto constitutivo no podrá conocer más que con una deformación similar a la que confieren a la figura humana los espejos de una barraca de feria. Su naturaleza le ha condenado a quedarse en esos tensos aledaños del amor donde este es, a la vez, avidez insaciable de afecto y terror a ser amado. Proust está lleno de sutiles, de tenaces subterfugios para impedir que le amen; adora a su madre, a sus amantes, a sus amigos, pero inconscientemente hace todo lo posible para destruir el amor que le profesan. No puede vivir sin aquello que, a un tiempo, le fascina y le aterra. Por eso se queda a las puertas de la ciudad sagrada, sin conocer de ella más que sus murallas, fantaseando con delicia y miedo lo que dentro pueda haber y concluyendo, equivocado, que a lo mejor dentro no hay nada, que la ciudad está vacía, que el amor es fantasma ilusorio y escurridizo.

Interesante empresa sería analizar la faceta deficitaria de la "urdimbre" de los que fueron, en la Historia, grandes teóricos del amor, desde Sócrates a Sartre; desde Donne a Rilke; desde Proust a Bataille.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 467-469]

Con ayuda de su madre, cuyo inglés era excelente, como ejercicio para dominar ese idioma, Proust tradujo *The Bible of Amiens* (1904) de John Ruskin (1819-1900), escritor, crítico de arte, sociólogo, artista y reformador social británico. Acompañó la traducción de un abundante aparato crítico, con largos y ricos prefacios –casi tan extensos como el texto mismo– y con múltiples notas. Ruskin, para Proust, es insincero e idólatra; idólatra porque, creyendo en un Dios cristiano, en lo único que cree idolátricamente es en la belleza. Proust equipara esta insinceridad idolátrica de Ruskin a la de cierta

admirable persona que no nombra, pero que sin duda se refiere a Roberto de Montesquiou, aristócrata poeta perteneciente al movimiento simbolista francés, así como mecenas del arte y afamado dandi, al que Proust, bajo la figura de barón de Charlus, dio una cruel inmortalidad. Ruskin es quien abre a Proust las puertas de la belleza, quien le enriquece el universo: "Así fue, en efecto: el universo adquirió de pronto a mis ojos un valor infinito".

«Es probable que la mala salud que Marcel Proust sufrió desde su nacimiento fuera causa del abandono paterno y de que, ya desde su nacimiento, fuese entregado totalmente a la madre, quien satisfizo en él, desde luego en exceso, en el pobre ser desvalido que es este segundo hijo, necesidades inconscientes de impresionantes dimensiones. Entre las cuales no era la menor su propia decepción afectiva. Marcel Proust creció bajo este signo, peligroso para cualquiera, de una gran hipertrofia de materno amor y una penuria extrema de influencia paternal. A muchos comentaristas de Proust ha llamado la atención el singular silencio que este guarda en su obra fundamental sobre la figura paterna. En cambio, hacen en ella de "figuras paternas", una vez aminorada la influencia de Ruskin, amigos entrañables, "hermanos", ante todo el propio Roberto de Montesquiou. Ruskin, figura paternal, estuvo también expuesto a esta admiración ambivalente. En *La Biblia de Amiens* Ruskin está a punto de llevarle a los umbrales de la fe. Pero, al final, quien vence, de nuevo, es la madre, el esteta frente al creyente (recordemos que el padre de Proust era católico), la hipersensibilidad agudísima y la *necesidad de ser sincero*, frente a un orden que solo es apariencia externa, solemnidad de gran personaje oficial, sin intimidad, inauténtico, como de niño sintió Marcel Proust que así era su padre. Quizá, a través de su fabulosa identificación con el mundo de la madre, expresión con su actitud toda una hostilidad secreta de esta, acaso nunca enteramente consciente, hacia su cónyuge. [...]

Al construir su obra con singular arquitectura, pese a su apariencia caótica, reaparece en Proust de nuevo el principio paternal. El que añoraba en Ruskin, admirándole y, a la vez combatiéndole, defendiéndose de él. El que quizás también el movió a traducir con entusiasmo una obra que, en fin de cuentas, es una Apología religiosa.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 197-198 y 200]

Jean Paul Sartre (1905-1980)

Los padres de Jean Paul Sartre fueron Jean-Baptiste Sartre, un oficial naval, y Anne-Marie Schweitzer, prima de Albert Schweitzer. Su padre murió de fiebre cuando él tenía apenas quince meses, y Anne-Marie lo crio con ayuda de sus padres, Louise Guillemin y Charles Schweitzer, quien enseñaría matemáticas a Jean-Paul y le introduciría desde muy joven en la literatura clásica.

«Sartre, a la muerte del padre, se refugia con su madre en el hogar del solemne, aparatoso y farsantón Charles Schweitzer. Su madre es para él como una hermanita mayor que con frecuencia le previene de que debe ser

bueno con la advertencia: "Ten en cuenta que no estamos en nuestra casa". Esta unión con la madre (relación fraternal y no de madre a hijo) Sartre puede continuarla durante largos años.» [Rof Carballo, o.c., p 48]

En los primeros capítulos de su libro autobiográfico, *Les Mots*, Sartre manifiesta abiertamente, contando su niñez, una hostilidad hacia la institución paterna. "La norma es que no existe nunca un padre bueno; no hay que echarle de esto la culpa a los hombres, sino al vínculo de la paternidad que está podrido".

Para Sartre en lo único en lo que se puede confiar es en *las palabras*, en el manejo verbal de las ideas. De ahí el título de su libro autobiográfico *Les Mots*. Con las palabras se puede todo, es su confianza básica, lo que sustituye a su urdimbre deficitaria.

FIN DE PARTIDA

«El hombre es una realidad ondulante y diversa» (Michel de Montaigne – 1533-1592).

«Las discontinuidades del carácter son el carácter mismo» (Ricardo Gullón).

El ser humano lleva grabado a fuego el haber venido al mundo en estado de "extrema menesterosidad" y dependencia de los seres tutelares, que aprovechan su "prematurnidad" para volcar en él sus propias frustraciones e hipotecas de su pasado ontogenético.

Este sentimiento de extrema dependencia, este estar religado a un fundamento (Grund), le lleva a postular continuamente un Ser Supremo. Pero hay otros seres humanos en los que priva el sentimiento de "abandono" (Edipo, Segismundo, etc.): se sienten "abandonados a sí mismos" desde su venida al mundo, teniendo que habérselas con las cosas y siempre al "borde del abismo" (síndrome "borderline").

El hombre es un ser relativamente absoluto (Xavier Zubiri): su "sí mismo" es conseguido a base de tener que "habérselas con las cosas" y ser "zarandeado por el destino" (Ananka o Thánatos de Freud).
